

Por las luchas que continúan: la (de)generación del bicentenario protesta

Boletín N.1
2021

Boletín N° 1: Por las luchas que continúan, la (de) generación del bicentenario protesta

La presente publicación se realiza con la colaboración de la Facultad de Ciencias Sociales - Coordinación de la Especialidad de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).

Coordinadora Editorial:
Josefina Rodríguez Pletikosic

Comisión Editorial:
Silvana Duharte Barreda, Alexia Potesta Cortez, Massiel Román Molero, Micaela Reynoso Gálvez, Ana Sofía Higashi Suárez, Edith Zavala Condori, Dominique Barrueto Abanto

Coordinador de Eventos:
Mauricio Guerrero Medina

Comisión de Eventos:
Franco Villanueva Neme, Antonia Espinoza Ormazábal, Bruno Ordoñez Hidalgo, Isaac Navarro Zúñiga, Diana Quispetupa Incattito, Jennifer Quispe Romero y Abigail Cortez Mantilla.

Coordinadora de Difusión:
Danna Duffó Chapilliquen

Comisión de Difusión e Imagen Institucional:
Carmen Reynaga Jara, Diana Arteaga Alvarado, Florencia Valdetaro Rotger, Ruth Chávez Pacheco, Ariana Aranda Yui, Judith Silva Gonzales, Guillermo Soto Arias, Álvaro Portal Melendrez, Mauricio Alarcón Piña

Diagramación:
Luciana Reynoso Gálvez

Logotipo de Anthropía:
Romina Puga

Pueden enviar sus sugerencias, comentarios y observaciones al correo anthropia@pucp.pe

Si quieres saber más de este proyecto, visita nuestra página en <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/anthropia>, <https://anthropia.wordpress.com/> y <https://www.facebook.com/anthropiapucp>

Introducción	0005
Bicentenario 470	0012
Dos noches de noviembre	0014
La revolución es fiesta	0024
Los seis días de noviembre	0034
Memorial	0046
Mentira, nada ha cambiado	0048
El estado y la acumulación de capital	0052
No es por lo de ahora, es por lo de toda la vida	0064
¡Sí! Jóvenes con ideología y carácter político	0066
El país es un archivo de afectos a destiempo	0071
Cierre	0075

El boletín N° 1 de la revista estudiantil *Anthropía* nace a raíz de una coyuntura de movilización social masiva en el territorio nacional. Es por esto que, desde la Comisión Editorial, hemos considerado pertinente hacer una presentación para ustedes con la pretensión de sintetizar lo que fue gestar esta publicación para nosotras. Realizando un breve recordaris, las jornadas nacionales de lucha del 2020 en el Perú fueron catalizadas por una de las crisis políticas e institucionales más agudas en el país. Pues bien, la vacancia de Martín Vizcarra presentó un contexto ideal para que las fuerzas políticas conservadoras de oposición formaran alianzas y planearan diversas estrategias para tomar el poder, no solo del Legislativo, sino también del Ejecutivo. De ese modo, ascendió a la presidencia Manuel Merino de Lama, ex presidente del congreso y congresista por Acción Popular.

Dicho nombramiento presidencial fue ilegítimo y suscitó el rechazo de la población. Esto se evidenció con la salida a las calles y manifestaciones de protesta de diversos sectores de la sociedad¹. Así, fueron organizándose a lo largo del territorio, desde los días 9 y 10 de noviembre, protestas en los focos urbanos de los diversos departamentos del país. Las plazas principales de cada ciudad fueron escenarios del descontento popular, en los cuales fue visible la solidaridad y articulación estratégica de heterogéneos actores motivados por lo siguiente: el hartazgo ante una clase política lobbista, individualista, corrupta y divorciada de las necesidades más urgentes de la población. Cabe mencionar que dichas protestas estuvieron conformadas por una serie de símbolos, discursos y prácticas para remarcar el mensaje anterior. Por ejemplo, en las protestas en Huánuco se realizó una banderola que expresaba “El Perú es del

pueblo, no de los políticos”; como también, en la capital, hubo una serie de performances que retrataban a la clase política como ratas. No obstante, estas manifestaciones fueron duramente reprimidas por la policía. Aquel abuso y brutalidad policial sistemática resultó en el asesinato de Inti Sotelo Casmargo y Jack Bryan Pintado en el centro de Lima. Dicha brutalidad continuaría semanas después al iniciarse el Paro Agrario por la demanda de la anulación de la llamada Ley Chlimper (Ley 27360) que terminó asesinando a Jorge Yener Muñoz, K.N.R y Reynaldo Reyes Ulloa en el distrito de Chao; así como la desaparición forzada, persecución y tortura de compañeros que salieron a protestar.

Es necesario remarcar que este momento en nuestra historia ha estado enmarcado por una cruda pandemia que aún continúa llevándose a nuestros familiares, amigos y vecinos de manera acelerada e incontrolable. Dicha pandemia, con la paralización de actividades por la medida de cuarentena, el precario sistema de salud nacional que se tenía y por las desigualdades estructurales sin ser socavadas, desencadenó una serie de diversas crisis. En primer lugar, la grave crisis laboral en la que varios de nosotrxs perdimos nuestros trabajos, dejamos de recibir nuestros sueldos² y la capacidad adquisitiva de nuestras familias disminuyó considera-

¹ A excepción de organizaciones conservadoras o financieras específicas, tales como la Coordinadora Republicana, el Opus Dei o la Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas (CONFIEP), por nombrar algunos ejemplos.

² Esto hace referencia principalmente a la flexibilización laboral encrudecida por la medida de suspensión perfecta, aplicada durante el mandato de Vizcarra por la entonces ministra de economía María Antonieta Alva.

blemente. En segundo lugar, la crisis sanitaria que puso en jaque tanto a entidades de la salud pública y privada. Muestra de ello es lo siguiente: medicinas de uso primario – tales como el alcohol medicinal, el paracetamol o el oxígeno – se vieron sujetas a un alza de precios de forma desmedida, y los hospitales o centros de salud públicos colapsaron. En tercer lugar, catalizó una crisis educativa en la que compañeros estudiantes de universidades privadas y públicas, institutos técnicos, escuelas primarias y secundarias tuvieron que desertar por estas causas: falta de conectividad, profesores, organización institucional, tecnologías de comunicación³, por la necesidad de laborar, entre otras problemáticas diversas.

Cabe mencionar que las poblaciones histórica y sistemáticamente marginalizadas –es decir, mujeres, diversidades, población indígena, campesina y afroperuana– han sido las más golpeadas por la pandemia y la crisis política. Esto se debe a que esta, al crear contextos de incertidumbre, impacta a la economía familiar e individual. Es importante aclarar que, desde mucho antes, estos sectores ya han venido resistiendo y subsistiendo ante la negación constante de su participación política en diversos espacios institucionales nacionales y del ausente reconocimiento de sus derechos como ciudadanos. Asimismo, han tenido que lidiar por décadas con una situación laboral de precarización y explotación; en consecuencia, de empobrecimiento. Esta desigualdad y exclusión social operan a partir de estructuras de poder fundadas en principios racistas, clasistas y patriarcales. Aquello, evidentemente, no ha surgido recientemente, sino que tiene antecedentes más allá de los supuestos 200 años de república indepen-

diente. Por lo tanto, la pandemia los ha golpeado de forma grave a diferencia de otros sectores de la población. Esta exclusión y marginalización se expresaría en las urnas al año siguiente. En las elecciones del 2021, el presidente electo es Pedro Castillo: profesor, rondero, sindicalista y campesino del partido de izquierda – con sólidas bases en zonas rurales –, Perú Libre. Ahora, estos resultados han ocasionado una fuerza reaccionaria desde la derecha, específicamente desde simpatizantes de la contrincante electoral de Castillo, Keiko Fujimori. Ella y su partido ha desencadenado una situación mayor de crisis e incertidumbre política que, medianamente su desconocimiento de los resultados electorales y la acusación de un supuesto e infundado fraude electoral, pretende anular votos de justamente estas poblaciones históricamente excluidas. Este último proceso expresa, entonces, el capricho de las élites, de clara ideología conservadora, por seguir manteniendo el poder más allá de los 200 años de supuesta independencia.

Así, tras haber ejecutado esta sucinta lectura de los acontecimientos que incidieron en nuestra necesidad de protestar, vamos dándole forma a la iniciativa de armar este boletín desde Anthropía. No obstante, nos vemos en la obligación de recalcar que no solamente ha sido la insostenibilidad social e institucional, así como el rechazo masivo hacia la clase política y los medios de comunicación⁴, sino también han sido la escasa reflexión y compromiso generada desde los espacios académicos frente a esta coyuntura lo que también nos motivó a producir este espacio y fomentar la circulación de voces independientes. Esta situación de descontento y necesidad de expresarlo (y pensarlo) se traducen en dos dimensiones o problemáticas específicas desde las que partimos: nuestra experiencia como estudiantes y el

término generación del bicentenario.

En cuanto al primer punto, como parte de una comunidad de jóvenes en formación en Antropología y desde nuestra participación en diversos espacios de intercambio en torno al rol de la disciplina⁵, una percepción desencadenadora de múltiples sentimientos ha unificado nuestras diversas experiencias: la falta de compromiso con la realidad social. Dicho percepción se profundizó entre las integrantes de Anthropía y compañeras de aula al llegar la pandemia y mucho más, al organizarse las protestas. La crisis que rápidamente removió nuestras vidas ha hecho de la experiencia educativa una experiencia surreal. Alrededor nuestro, ocurría una crisis mundial sin precedentes. De ella, se desprendían la sensación de desarraigo, la falta de proyección a futuro, la deriva colectiva y la inestabilidad. Todo lo anterior nos hacían repensar lo siguiente: ¿qué estamos haciendo en las aulas para comprender lo que está pasando? ¿Qué lugar tenemos en el aquí y ahora como estudiantes? ¿Qué lugar tiene la disciplina en este desastre? ¿Dónde queda lo que nos está pasando en el aprendizaje académico, tan distante y lejano de nuestras experiencias de vida?

Pese a los loables intentos –y logros– de varias profesoras de rápidamente adaptar el contenido de las clases a la situación que estábamos experimentando a nivel colectivo, de comprender nuestras dificultades personales y promover la reflexión sobre algunas problemáticas coyunturales, muchas sentimos que esto no era suficiente. No era suficiente para manifestar nuestros sentires y posturas; así como para lograr materializarlas en apoyo y organización a quienes más lo requerían. Tampoco era suficiente para resolver los cuestionamientos antes

planteados. Estas percepciones, problematizaciones y sentimientos fueron asentándose en nosotras al pasar los meses durante el 2020, y fue consolidándose al notar el agravamiento de la crisis económica y la cercanía de las elecciones del 2021.

Al repensar e ir redefiniendo nuestro lugar como organización estudiantil, la jornada de protestas nacionales nos interpeló para tomar acción y situarnos como sujetas activas con un compromiso claro frente a la coyuntura política. Es así como, desde Anthropía, consideramos que mantener nuestras voces presentes y críticas en el devenir de nuestra historia (como también, alimentar nuestro carácter crítico y comprometido como estudiantado) es una necesidad central en nuestra formación académica y en el proceso de aprendizaje en la vida. De manera tal que este espacio, este boletín, está dirigido a comunicar las posturas y vivencias desde las, los y les estudiantes.

Ahora bien, el segundo punto alude a la creación del rótulo generación del bicentenario. El día 12 de noviembre una socióloga formuló dicha etiqueta para, en sus palabras,

*dar una identidad a lo que estamos viviendo, porque la identidad para la movilización es importante [...] [y para] resignificar lo que va a ser el Bicentenario este año, para no considerarlo solo un momento de conmemoración de la Independencia. Creo que nos permite pensar el Bicentenario a partir de los manifestantes de la semana pasada. La lucha, la ciudadanía por recuperar su acción política. La frase nace para eso: para darle sentido a la protesta e intentar dar una narrativa más esperanzadora al Bicentenario.*⁶

³ Tales como laptops, celulares, tablets, etc.

⁴ Quienes han jugado parte activa en el proceso de formación de sentidos comunes en torno a la criminalización de la protesta y el respaldo de los discursos oficiales-institucionales por encima de las experiencias reales de las personas, en las calles y el día a día.

⁵ XXVI Congreso Nacional de Estudiantes de Antropología (del 7 al 11 de octubre del 2019), asambleas estudiantiles orgánicas -ordinarias y extraordinarias-, Conversatorio de revistas estudiantiles académicas latinoamericanas (realizado el 7 de noviembre, en el marco del Encuentro Nacional de Estudiantes de Antropología y Arqueología, Colombia), entre otros.

⁶ Chávez Yacila, Rosa. (23 de noviembre de 2020). "La generación del bicentenario se moviliza para cambiar un status quo que no responde a sus necesidades". Ojo Público. <https://ojo-publico.com/2259/la-generacion-del-bicentenario-se-moviliza-contra-el-status-quo>

Es decir, para ubicar la acción ciudadana en una línea de reivindicación del modelo republicano de la nación peruana, de la legitimidad de las instituciones democráticas nacionales y, a su vez, para formar un sentido de comunidad y unidad en el frente de lucha. Pues bien, esta etiqueta fue apropiada por el gobierno y ciertos grupos económicos (se hicieron estudios de mercado⁷ sobre este sector). Acto seguido, fue también tomada por los medios de comunicación concentrados⁸ para ensalzar nuestra protesta. Esto último evidentemente fue una burla para la organización popular, pues la prensa se encargó en mantener un discurso de criminalización de la protesta y, en ciertos medios, de respaldo al golpe. Fue, por así decirlo, una estrategia para recuperar legitimidad. Sin embargo, desde nuestra formación como estudiantes de Ciencias Sociales y nuestra experiencia como manifestantes, nos parece una etiqueta y lectura altamente cuestionable.

Por un lado, desde una lectura lineal en el tiempo o diacrónica, damos cuenta de que la etiqueta generación del bicentenario terminó funcionando como una herramienta desmovilizadora frente a la coyuntura. El "congreso golpista", que sirvió de parte y apoyo para la jugada política, sigue estando presente. Asimismo, la cadena de mando policial continúa gozando de impunidad (salvo algunos mandos que fueron, como máximo, dados de baja), Manuel Merino de Lama sigue siendo congresista y gozando de plena libertad. Además, hay que recordar que las familias de Inti, Bryan, Jorge, K.N.R.C. y Reynaldo (asesinados durante el gobierno de transición de Francisco Sagasti durante

el paro agrario) siguen esperando justicia y reparación; así como las víctimas de la brutalidad policial continuaron siendo perseguidas y/o vigiladas por la policía durante los meses sucesivos. Y, desde la narrativa o el discurso oficialista, la generación del bicentenario ha sido reificada y fetichizada como una fuerza democrática ciudadana que restauró el orden a nivel institucional. Nos preguntamos, ¿algo se ha solucionado? ¿Nuestras demandas se materializaron? La respuesta es no, como podemos ver a la luz de los conflictos vigentes.

Por otro lado, decimos que desmoviliza en la medida en que tapa, maquilla, esconde las razones de fondo por las cuales, desde la multivocalidad de nuestras demandas, salimos a protestar. De acuerdo al discurso oficial, se trata de la defensa de la institucionalidad del Estado como un órgano republicano soberano. En la práctica, a modo de contraste, las protestas fueron en contra de la clase política, en contra del Tribunal Constitucional y el Poder Legislativo, en contra de los poderes mediáticos y desde el hartazgo de vivir un desastre nacional y sufrir, una vez más, la carroñería de los poderes políticos al mando del gobierno. El aparato mediático y los instrumentos de gobernanza, al fortalecer el discurso acerca de la generación del bicentenario, ayudaron a instalar esta suerte de sentido común entre la población. Nos preguntamos, ¿y dónde queda la violencia de Estado, las persecuciones y las tácticas de guerra usadas contra nosotros en las calles? ¿Dónde queda, en la memoria oficial, la crisis de las instituciones? ¿Dónde queda la pobredumbre a la que nos hundié -y sigue hundiendo- la repartija política? ¿Es, a caso, una épica heroica nacionalista la dura lucha y la experiencia traumática de enfrentarnos, en las calles, al Estado?

Esto sin mencionar que generación del bicentenario se acuñó por y desde las protestas en el Centro de Lima; como la misma socióloga mencionó, al pensar en un grupo etario específico (de ahí "generación"), en los "jóvenes". Muchas organizaciones de base resisten y se enfrentan, desde la precarización de sus vidas, por sobrevivir y superar esta crisis en la que estamos. Muchas memorias familiares y locales se heredan sobre la participación en luchas sociales desde épocas anteriores. Nuestros padres y madres, abuelos y abuelas han participado de luchas sindicales y gremiales por mejorar su situación de vida, por un sueldo digno, por condiciones laborales justas, por derechos alimentarios y de vivienda. En ese sentido: ¿dónde quedan sus luchas detrás de este discurso reivindicativo? ¿Generación del bicentenario son solamente aquellos jóvenes que se movilizaron en el marco de la crisis política de noviembre? ¿Qué hay de nuestros compañeros y compañeras estudiantes de poblaciones indígenas que desde hace décadas se movilizan con sus comunidades por la reivindicación de sus derechos o la soberanía de sus territorios?

Pensemos, también, en aquellas personas, amigos y familiares, que no han participado de las protestas por laborar para sobrevivir a esta crisis ¿Cuál es su lugar desde esta lógica? Pensemos en los jóvenes que participaron en el paro agrario - entre ellos, Jorge Yener Muñoz y Reynaldo Reyes Ulloa - de diciembre del 2020 y enero del 2021, ¿por qué a ellos nunca se les llamó jóvenes de la generación del bicentenario, a pesar de que se enfrentaban a un régimen laboral esclavista y extremadamente violento, y buscaban reivindicarse como sujetos de derecho, como ciudadanos? Nos volvemos a preguntar, ¿algo se ha solucionado? Desde

la acción espontánea y organización en las calles, ¿podimos cambiar lo que nos puso en pie de protesta en un primer lugar? Reincidimos, ¿por qué el gobierno adjudica una suerte de heroísmo a una lucha que buscó enfrentarlo? El claro carácter desmovilizador, centralista y mistificante del uso del término generación del bicentenario, cuyo sentido -dicho sea de paso- fue siendo conceptualmente construido al pasar los días, es evidente.

De otro lado, consideramos que en estos 200 años de historia oficialmente republicana no han sido realmente 200 años de democracia e independencia. La participación en el proyecto nacional oficial ha sido cooptado y apropiado, durante gran parte de la historia, por las élites criollas, costeñas y terratenientes. Posteriormente, las clases empresariales y financieras pasarían a tomar su lugar en esta construcción del Estado - Nación y los pactos sociales. Eso significa, como ya hemos mencionado, que las naciones amazónicas y las poblaciones originarias - organizaciones sociales soberanas y ancestrales en el territorio- no han sido reconocidas como actores políticos legítimos dentro del proyecto nacional al ser sus derechos atropellados y arrebatados de forma sistemática. Por no irnos muy lejos, recordemos el asesinato de Wilian López Ijuma, Chemilton Flores Crispín y Elix Ruiz Ortiz, indígenas kukama - coincidentemente durante el Día Internacional de los Pueblos Indígenas - por parte de las fuerzas del orden. Ellos estaban participando de una protesta en el Lote 95 en Requena, Loreto, de la empresa PetroTal, para demandar servicios básicos (luz y agua) y una mejora de los centros de salud para enfrentar la pandemia por una presencia ambigua y conflictiva del Estado que causa una precaria situación de vida.

Desde nuestra lectura, consideramos que un proyecto republicano que excluya y violente a organizaciones ancestrales,

⁷Guardia, Karen. (19 de noviembre de 2020). La "generación del Bicentenario": quiénes son y cuál es su perfil de consumo. Diario Gestión. <https://gestion.pe/economia/generacion-del-bicentenario-arellano-consultoria-estudio-de-mercado-jovenes-jovenes-de-la-generacion-del-bicentenario-quienes-son-y-como-es-su-perfil-de-consumo-noticia/>

⁸Hacemos referencia específica a aquella prensa, escrita, radial y televisiva concentrada por el Grupo El Comercio, que es más del 50% de los medios.

no es uno que esté caracterizado por una ciudadanía plena. Si recordamos en qué año se abolió la esclavitud, en qué año se dio una estocada grande al poder político de los gamonales y al régimen semi-feudal de las haciendas⁹, en qué año se institucionalizó el voto de la población analfabeta, de las mujeres; contrastándolo con nuestras condiciones de vida actuales, ¿qué conmemoramos, qué celebramos? El proyecto de nación peruana, en su centenario, fue desbordado por movimientos indígenas, tomas de tierras y cuestionamientos agudos sobre su real cariz. Fue, asimismo, sacudido por la época telúrica de luchas sociales en el marco de una República Aristocrática, en medio de un orden gubernamental dictado por terratenientes, gamonales y grandes hacendados. Ahora, para su bicentenario, el proyecto nacional sigue siendo sacudido por las mismas estructuras de poder y desigualdad que lo concibieron en su inicio, pero que toman otras formas y discursos diferentes. ¿Acaso lo que ocurrió en noviembre, desde nuestras calles y barrios, buscó, de alguna manera, reivindicar este orden social desde una supuesta narrativa patriótica?

Este análisis y críticas nos hacen dar cuenta de la gran responsabilidad que conlleva la práctica de nuestras disciplinas: siempre desde nuestras realidades, desde nuestras herencias; como también, desde la necesidad de poder fomentar más nuestras voces, miradas, demandas o luchas como sujetos estudiantiles. Aquello debe ser fomentado sobre todo en hechos históricos tan complejos y críticos como los que hemos estado atravesando hace meses, años, décadas, ¡siglos! La lectura academizada de procesos sociales debe parirse desde las calles, desde la realidad. Y no solo es eso. La

memoria no queda ahí. La memoria vive con nosotras, nosotros y nosotres. Es nuestro horizonte nunca olvidar lo que hemos estado viviendo y seguir organizándonos desde nuestros frentes. No somos ajenas a la coyuntura, queremos incluir siempre nuestras experiencias y memorias más tier-nas en la formación estudiantil. Queremos seguir construyendo sentido desde nuestros cuerpos y para nuestra comunidad, no seguir reproduciendo una lectura academizada, alejada de lo que nos pasa.

En síntesis, a diferencia de otros boletines estudiantiles de Antropología que mantienen un carácter eminentemente académico, este primer número pretende recoger los sentimientos, memorias y efervescencias de compañeras y compañeros estudiantes que participaron en las movilizaciones y que, al día de hoy, presentan reflexiones importantes en torno a los temas mencionados anteriormente. Esto, desde un formato más informal y próximo. También, hemos buscado recoger las diversas miradas sobre las problemáticas hiladas en esta presentación. Es así que aperturamos el boletín Por las luchas que continúan, la [de] generación del Bicentenario protesta. En este pequeño espacio se pretende reapropiar, intervenir y criticar una historiografía oficialista que, por intereses políticos y económicos de élites y poderes de facto, no ha visibilizado las diferencias y sufrimientos estructurales de nuestras historias. Es por esa razón que en la portada nos encontramos con unos números 200 cuyos colores no cumplen simplemente una función estética. Más bien, señalan lo contaminado o carcomido que están estos supuestos 200 años de independencia por lo anteriormente explicado. **Transformaciones sociales, por ende, son aún una necesidad.**

Comisión Editorial de Anthropía,

Josefina Rodríguez Pletikotic,
Silvana Duharte Barreda, Ana
Sofía Higashi Suárez, Alexia
Potesta Cortez, Dominique
Barrueto Abanto, Edith Zavala
Condori, Massiel Román Molero y
Micaela Reynoso Gálvez.

⁹Que ha tomado nuevas formas en las neo-haciendas y terrenos extensos de producción agrícola para la exportación. Sin embargo, queremos recalcar que la posesión de tierras para la agroexportación ha sido un marcador de poder importante en el Perú desde sus inicios como república, y ha estado íntimamente ligado con los grandes capitales y poderes políticos dirigentes, hasta ahora.

Bicentenario 470

Alexandra Reyes Fernández Prada

Estudiante de Antropología. Feminista. Mi corazón piensa y escribe lo que voy aprendiendo.



Dos noches de noviembre: Crónica sobre una participación en las movilizaciones del ~~12~~ y ~~14N~~

Ernesto Muñante Guerra

Estudiante precario que detesta a la policía por ser el brazo armado del empresariado y de la clase política, y por sus interminables crímenes. Mi único sueño en la vida es reencontrarme con mi perro Caramelo y hacer juntos la revolución. Tengo fe en la organización social de las personas. No es mucho, pero es trabajo honesto :)

“La vida era una aventura maravillosa, el viaje fue inolvidable. Habiendo nacido en un país mediocre, misérrimo y melancólico, haber conocido la ciudad más agitada del mundo, con miles de privaciones, es verdad, pero ya eso había quedado atrás, ahora [...] se aproximaban jóvenes aún colmados de promesas, al reino de lo ignoto.”

(Alienación - Julio Ramón Ribeyro)

~~Prefacio:~~

El golpe de Estado se había consumado hacía 3 días. Durante ese tiempo, no tenía forma de estudiar, de concentrarme o mirar hacia otro lado. Al igual que muchos otros, sentí que debía salir a las calles junto con miles de personas más o apoyar de cualquier forma desde cualquier parte. El martes 10 de noviembre (un día después del golpe), le dije a mi amiga Pierina, quien había salido a una marcha en la mañana con algunas compañeras de antropología, que me dijese que viaje hacia Lima. Ella me escribió ese mensaje. Solo buscaba leer esa frase para zarpar desde mi pequeño cuarto en una pequeña casa en Pisco (a 230 km de Lima). No le dije nada ni a mamá ni a papá, se enterarían de todas formas cuando llegaran de trabajar. Solo le dije a mi hermano, a mi pequeña hermana y a mi tía. Guardé en mi mochila un par de polos, un short, calzoncillos, medias y me fui. Usaría todo el dinero que había ahorrado cuando trabajé en verano. “El resto ya se verá”, pensé. Durante el viaje en bus, me parecía increíble cómo podía estar todo tan tranquilo, como si nada hubiera ocurrido, pero me calmé. Aún faltaba para llegar al centro. Mientras tanto, veía en las redes enfrentamientos con la policía, represión, gente herida, gases lacrimógenos, se escuchaban disparos (quién sabe si eran balas o perdigones). Llegó el 12 de noviembre, la primera Gran Marcha Nacional: había llegado el momento de unirnos.

12 de Noviembre

La salida hacia la marcha fue agotadora desde un principio. Me había unido a una federación estudiantil y estaba tan mal organizada que tuvimos que caminar desde San Miguel hasta la plaza San Martín (a unos 7 km aproximadamente). Este recorrido parecía el ejercicio que no había hecho durante toda la cuarentena, pero finalmente llegamos. Me separé de ellos y fui a buscar a mi grupo de antropología. Había muchísima gente en la plaza. La última vez que recordaba haber visto a tanta gente junta fue en la procesión del Señor de los Milagros en la que, curiosamente, también estaba con un grupo de antropología haciendo un pequeño trabajo de campo para un curso de simbolismo, y en la que, cabe añadir, casi nos asfixiamos entre la masa.

Gracias a los celulares y al internet, no tardé mucho en encontrarlos. Estaban cerca de una de las esquinas de la plaza, escondidos entre las bancas y los muros bajos. Por fin ya estaba con ellos. Era increíble pensar en cómo estaba reencontrándome con toda "la gente" después de casi un año y no ser capaz de hablar mucho con ellos. Los diálogos se repartieron entre los preparativos para las protestas (el agua con bicarbonato, el vinagre, los guantes para agarrar bombas) y un pequeño resumen sobre cómo la habíamos pasado durante el confinamiento. El tiempo y la ubicación nos apremiaban puesto que, unos minutos después de haber llegado, por algún motivo misterioso, la conexión se esfumó. Los mensajes por internet y las llamadas no funcionaban. Solo podíamos insistir y a veces, milagrosamente, entraba una llamada. Nos habían cegado. Ubicar al resto del grupo iba a ser terriblemente difícil, lo cual, durante esos horribles días, se volvió una tarea imprescindible.

Las horas empezaban a pasar. El entorno de la plaza rebosante por la masa impregnaba de asombro a la vista. La imaginación de la gente se desplegó para hacer visible lo que sentían, así como los mensajes en sus carteles: desde maquetas con forma de tumba con todos los partidos políticos en ella, frases y dibujos humorísticos sobre la situación, hasta demandas por una nueva constitución y el que "se vayan todos". Había de todo: la bulla, las arengas y pancartas dominaban el espacio; parecía una fiesta medio patriótica. Por ello, no podía evitar pensar por momentos "¿vienen a protestar o a figuretear?". Una prueba a favor de esta última opción era la desorganización que había entre las escoltas de la pista de la plaza, las cuales estaban ordenadas por organización o grupo. Nosotros estábamos ahí parados. Cada cierto tiempo, la masa se movía unos cuantos metros. Los pies empezaron a dolerme y todo seguía demasiado tranquilo.

¿Por qué seguían tanto tiempo sin moverse de ahí?, ¿dónde se encontraba la marcha hacia el Congreso?, ¿y dónde estaba la primera línea? Estábamos inquietos porque queríamos salir. Luego de casi dos horas y de solo avanzar media plaza, la masa empezaba a salir por la avenida Nicolás de Piérola con dirección a Wilson. En ese trayecto, poco conocido para mí, muchos desertaban la marcha y esta se aminoraba con el pasar de las cuerdas. Mi grupo de antropología se había dividido en varias facciones; algunos más adelante, otros más atrás. Yo solo seguía a Pierina y Alejandra, quien es otra amiga. Pasamos por la Estación Col-

mena del Metropolitano; seguidamente, ellas doblaron por una calle por la que mucha gente se iba regresando. A lo lejos, vimos gases: finalmente habíamos llegado al lugar de la disputa y, por consiguiente, también a la primera línea. Quienes conformaban la primera línea estaban en la avenida Nicolás de Piérola otra vez, pero cerca del cruce de la avenida Abancay con el parque Universitario. El plan de llegar hasta el Congreso por esta última avenida había sido frustrado por un bloque policial. Cada vez veíamos más gas lacrimógeno cayendo desde el cielo y a varios jóvenes yendo y viniendo a raíz de los efectos del gas dañino y la motivación de no querer retroceder.

Cuando quise ayudar a Alejandra a apagar una bomba, fue la primera vez que mi tráquea y mis fosas nasales probaron esa arma química. Casi me desmayo un par de veces y terminé bañado en agua con bicarbonato. El lado bueno es que esto dura solo un par de minutos y luego empiezas a resistir las siguientes bombas. Había un muchacho que estaba con un parlante que colgaba de su torso mientras sonaba la canción "Sucio policía" ...un poco de motivación musical no venía mal. Nos encontramos con un amigo de Alejandra, Joaquín, quien resistía mejor el gas. Al avanzar la contienda nos dijo que estábamos terriblemente organizados: no había un plan, no había grupos ni personas que ayudaran a los afectados o que animen a la gente. Ante los disparos de la policía, la gente solo atinó a romper los adoquines de la berma central contra los muritos de cemento que los rodeaban y tirarlos para que no pudieran avanzar. Fin de la disputa, no había nada que hacer.

El regreso a casa fue uno de los episodios más escalofriantes que he vivido. Me encontré con un par de amigos y nos fuimos los tres juntos. La mayoría había escapado por las calles que daban hacia el Centro Cívico y ya casi todos se estaban yendo. Llegamos a la plaza Bolognesi y un grupo pequeño estaba tocando música y algunos bailaban mientras avanzaban por la desolada avenida Brasil. No había ningún micro que nos llevara y emprendimos el retorno a casa. De repente, a lo lejos, escuchamos disparos y algunas bombas, "¿serán los policías?, ¿desde el centro nos vienen siguiendo?", dije. Grabé un corto video para enviarles a mis compañeros en el que decía estábamos en Brasil y que a lo lejos se veía una nube tóxica de gases; quise mandarlo, pero no pude por fallas en la red. Segundos después, una cúster que venía en dirección contraria a nosotros se paró y no tardó en darse una tempestuosa media vuelta justo cuando escuchamos las múltiples sirenas. Había iniciado una persecución. La gente empezó a correr hacia diferentes lados, la mayoría hacia adelante pues no conocían las calles aledañas. Mis amigos y yo los imitamos con la adrenalina hasta la punta del pelo. No sabíamos qué nos sucedería si la policía nos alcanzaba. Mi mente me trajo el recuerdo de los videos en el que detenían gente porque se les daba la gana, les pegaban y los subían en sus camionetas con rumbo desconocido. No podíamos correr bien porque ya estábamos agotados. Parecía una malévol cacería. ¿Cuál era su propósito si ya todos se estaban yendo a sus casas? Cuando casi llegamos al Hospital del Niño les dije que doblemos hacia 28 de julio. Los pocos autos que estaban allí se esfumaron ni bien oyeron a los policías. Todo estaba cerrado, no había ni una tienda para esconderse. Eran casi las 11 p.m., el horario de toque de queda que podrían aprovechar los tombos para detenernos si querían. Nos escondimos detrás de uno de los quioscos y esperamos a que pasaran de largo y que no nos vieran. Asomé la cabeza para ver la avenida y allí estaban pasando varias camionetas y motorizados. Estos últimos iban de a dos, uno manejando y el otro cargando una enorme escopeta con la que disparaba a discreción. Momentos interminables hasta que se fueron. Finalmente se habían ido por diferentes direcciones, unos de frente, otros por los costados, pero

aún podíamos oír las sirenas. Decidimos ir por calles aledañas, las cuales eran menos transitadas cerca de otros grupitos de chicos que compartían nuestro temor y caminaban rápido. El grupo de músicos y bailarines que había al inicio había desaparecido. Llamé a mi grupo de antropología, les dije lo que nos había pasado y un par de ellos me llamaron para ofrecernos hospedaje. Les agradecemos, pero finalmente decidimos avanzar por nuestra cuenta. Cada uno de los tres llegamos a casa. Esa misma noche casi no dormí y nos enteramos de que varios pacientes (muchos de ellos niños del hospital), vecinos y gente que regresaba a casa había sido afectada por el gas y los perdigones en la avenida Brasil.

~~14 de Noviembre~~

Las cosas no habían salido tan bien el 12 de noviembre. No logramos aguantar mucho y menos avanzar. Decidimos organizarnos mejor. Pierina, Alejandra, Joaquín y yo nos unimos a un grupo para desactivar bombas lacrimógenas; tuvimos una pequeña capacitación y armamos un plan. El día 13 no hubo marchas masivas, solo algunas pequeñas y pacíficas. Cada día a las 8 p.m. había cacerolazo. Por su parte, los medios masivos criminalizaban las protestas. Cómodamente, grababan detrás de la línea policial y los hacían ver como “víctimas” de los manifestantes. La credibilidad pasó entonces a la gente que grababa con sus cámaras y los periodistas independientes que trataban de mostrar la brutalidad de la represión.

Llegó el 14 de noviembre, la Segunda Gran Marcha Nacional. En una asamblea, habíamos acordado que nadie en antropología se acerque a la “primera línea”. Era peligroso estar ahí, dado que los policías iban a disparar balas sin pensar en nadie; ninguno de nosotros tenía experiencia ni tampoco los implementos necesarios para estar ahí. Yo sabía que no iba a cumplir con ese acuerdo, pues ya estaba con el grupo de desactivación de bombas. Sentía el deber de apoyar de alguna forma al estar cerca de ahí. Recoger bombas parecía una buena opción. Nos organizamos en grupos de tres: el primero tendría lista la botella con agua y bicarbonato, el segundo recogería la bomba y la depositaría ahí, y el tercero se encargaría de asistir a sus compañeros en lo que necesitaran. Yo cumpliría este último rol, Alejandra y Joaquín los dos primeros respectivamente.

Llegó la tarde y la gente empezó a movilizarse. Algunas horas antes se había visto un tanque por el Centro de Lima. Se habló de una posible llegada de apoyo del ejército, de la posibilidad de un conflicto mayor. Durante esos días no teníamos certeza de muchas cosas y muchas veces la imaginación llenaba ese vacío. Quedamos en encontrarnos cerca a la Alameda 28 de julio con el grupo de desactivación y en Plaza Francia con mi grupo de antropología. Antes de salir de la casa donde alquilaba un cuarto, en mis canillas y antebrazos me puse muchas páginas de una vieja revista y me tomé una foto para que mis compañeros de antropología supieran cómo iba vestido por si me sucedía algo. Luego salí de la casa con un poco de miedo. Sabíamos que la policía detenía arbitrariamente a

cualquiera. Los *ternas*¹ depredaban las calles en busca de jóvenes “sospechosos” de protestar; hacían operativos, al parecer sin orden, para detener en la calle y revisar las mochilas. Nos habían dicho que no estaban autorizados de revisarnos y que, por eso, no teníamos la obligación de mostrarles nuestras cosas. Habíamos escuchado que solo podían hacerlo en caso de “sospecha razonable”, pero en un país como el Perú en el que se interpreta la ley como se quiere, solo nos quedaba estar atentos y buscar el grupo lo más pronto posible para que vieran que no estábamos solos.

Llegué a la Alameda y estuve merodeando un rato por el lugar hasta que encontré al grupo de desactivadores. Al instante me di cuenta de la organización; solo nos faltaba experiencia, las intenciones sobaban. Me dieron un casco azul, una máscara antipolvo, metí en mi mochila gasas, agua de Laurel, guantes, y zarpamos rumbo al centro. Le dije a mi grupo de antropología que los vería por ahí, que no se separen. Avanzamos. No podía respirar bien con la máscara y la mascarilla puestas, y, para colmo, el orificio era tan pequeño que mi nariz no entraba y me apretaba de una forma terrible.

Avanzamos por Grau. La gente venía de Wilson e iba en dirección hacia la avenida Abancay. En esta ocasión, las marchas se movían desde más temprano. Los autos, buses y motos ayudaban al ruido tocando los cláxones. En un momento me sentí agobiado y me puse agua de Laurel en la mascarilla. Grave error. Solo dificultó aun más mi respiración y tuve que estar sin mascarilla. Mientras tanto, me comunicaba con mis amigos de antropología, les dije que ya estaba en Abancay con Piérola, ellos estaban más atrás. No podía concentrarme mucho en ellos porque veía dos barricadas de rejas. La primera estaba a centímetros del cruce y la segunda a como 20 metros. Detrás de esta última se encontraban los policías. Solo podías ver su silueta como si fueran maniquíes negros con cascos y armas, y al costado de ellos estaba su enorme tanque.

La noche había llegado. Había una enorme cantidad de gente, tanta que no sabía hasta dónde llegaba el final de la cola de la marcha. Algunos empezaban a trepar la barricada, otros encendieron fuegos artificiales (ese que lanza luces al aire) y la gente les gritaba “¡¡APÁGALO, APÁGALO!!”. Tenía a la vista a Alejandra y Joaquín. La tensión subía, cada vez llegaba más gente; solo se necesitaba algo que haga estallar todo. Mi grupo de antropología finalmente había llegado: “Cualquier cosa, retrocedan por Abancay y reagrupense, no vayan por Piérola porque al parecer no hay señal”, dijimos.

Unos pocos minutos después de las 7:30 p.m. la disputa empezó. Ante la primera oleada de bombas lacrimógenas, nos dimos cuenta de que nuestras máscaras antipolvo no servían de nada. De la nada se había creado una nube de gas. Perdí de vista a Alejandra y me fui por Piérola tratando de alejarme de estas. Empecé a rociar el agua de Laurel en los filtros de la máscara, eso bajó un poco la toxicidad que respiraba. Me di una vuelta y regresé a Abancay por una calle pequeña. Ya había heridos (incluso más que en el 12N), gente asfixiándose, cientos de mensajes llegaban y yo estaba desorientado. Vi a un joven en bívudí al que se le había caído todas las botellas de refresco que vendía en su carrito de supermercado y entre varios lo ayudamos a subirlos. Una segunda oleada de gases y perdigones llegaba; quise agarrar una bomba, pero no pude. Entre mi

¹ Es así como se conoce a los policías vestidos de civil pertenecientes al grupo TERN (Unidad de Inteligencia Táctica Operativa Urbana de la PNP). En las protestas fueron utilizados para generar caos y desaparecer personas.

indecisión y la asfixia, unos patas más lanzados me pidieron mi botellón de agua con bicarbonato, se los di sin pensar mucho. “¿Qué iba a hacer ahora?”, pensé. Recordando a la gente que había grabado la represión policial y casi por inercia, me dispuse a utilizar mi celular para grabar todo lo posible. Eran casi las 8 p.m. Las bombas llegaban en forma de lluvia. Además de esa labor medio reportera, ayudaría también con el agua de Laurel a los afectados por los gases. Siempre había gente que pedía que les bañe en la solución para aliviar sus dolencias.

Todo lo que siguió después de eso es casi imposible de resumir. La primera línea se atrincheró con sus escudos y la primera barricada fue desaparecida por los manifestantes. No podía distinguir entre bombas y perdigones. Muchos fueron heridos por las bombas puesto que la policía apuntaba a la altura de las cabezas de la masa. Me encontré con Alejandra y Joaquín, quienes habían padecido la misma suerte que yo. Había música, bombos (eran los reagrupadores o animadores), a veces se cantaba el himno nacional o el “Vaaaamos pueblo carajo, el pueblo no se rinde, carajo”. A cada minuto y en cada oleada salían heridos que iban, sobre los hombros de otros, hacia las brigadas de primeros auxilios. Así pasaron más de dos horas. Mi grupo de antropología me empezaba a reclamar: “¡Sal de ahí!”. “Ya en un ratito”, respondía. Cerca de las 9:30 p.m., la pequeña trinchera se desintegró. Las balas de la policía les habían ganado a los escudos del pueblo y los bombos empezaron a salir de su reducho para ganar la avenida. Retrocedimos por Piérola bajando hacia la plaza San Martín, me despedí de Alejandra y descubrí otro frente: Jr. Lampa con Piérola. Habían resistido más tiempo allí, quizás por ser un espacio más pequeño. Grabé unos cuantos videos y tomé un par de fotos. Los mensajes de exigencia de mi retirada seguían llegando. A las 9:46 p.m., me fui a encontrarme con mi grupo de antropología.

~~Consideraciones Finales~~

Escribir esta crónica no fue una tarea sencilla como pensaba. Implicó remover los recuerdos y sentires de aquellos momentos críticos. Estuve muy cerca a los lugares y momentos en los que Bryan Pintado e Inti Sotelo fueron alcanzados por la ráfaga de perdigones y postas que disparó la policía. A Bryan lo asesinaron cerca de las 8 p.m. (Laura, 2020a) por una oleada de balas que le destrozaron la aorta. Él estaba un poco más adelante de la primera barricada cuando yo, junto con un grupo, habíamos retrocedido porque era la segunda oleada de bombas. A Inti le alcanzaron varias postas (balas de gran tamaño usadas para cazar animales grandes) a las 9:47 p.m. (Laura, 2020b); la más grave le cayó directo en el pecho. Él estaba en Jr. Lampa con Piérola y yo había dejado ese lugar un minuto antes.

Me tomó varias semanas darme cuenta del enorme peligro que enfrenamos quienes estuvimos ahí. También fue difícil para mis amigos y amigas que participaron, especialmente para el grupo de logística de antropología, quienes nos cuidaron y no descansaron hasta asegurarse de que cada uno llegase a casa. Les estamos infinitamente agradecidos.

Por otra parte, considero que las acciones policiales narradas en esta crónica constituyen lo que podemos llamar “Terrorismo de Estado”. Nombrar terrorismo a ciertas acciones del Estado es polémico en un país como el Perú, ya que es un tema todavía poco investigado y aun menos hablado en la escena pública; con frecuencia, se usa el término “terrorista” para designar a ciertos actores como los indígenas amazónicos cuando protestan por la invasión de sus tierras o los trabajadores agrarios cuando tratan de hacer respetar sus derechos laborales. Al respecto, Cecilia Méndez (2020) expuso de manera bien argumentada este delicado –pero a la vez insoslayable– tema en un evento estudiantil en noviembre, pocos días antes de que estallaran las protestas. Según su ponencia titulada “Los caminos del terrorismo en el Perú, siglo XIX al XXI”, la historia del terrorismo en nuestro país no puede restringirse a la historia de Sendero Luminoso, sino que hay que ponerlo en perspectiva en toda la historia republicana ya que, por definición, la historia, la violencia y el terror ejercidos hacia poblaciones no puede limitarse a solo dos décadas (ochenta y noventa). Asimismo, hay una historia del terrorismo de Estado que es indesligable del poder de nombrar este fenómeno, es decir, de quién tiene el derecho de nombrar qué es terrorismo y qué no. Por consiguiente, se evidencia que, a lo largo de toda la historia republicana, el Estado ha ejercido la violencia y el terror contra distintos sectores de la sociedad. Algunos ejemplos de este terrorismo de Estado son los siguientes: la represión contra campesinos en Puno en 1867 que protestaron contra los gamonales los cuales querían apropiarse del negocio de la lana²; la “Ley de Emergencia” emitida en 1931 durante el gobierno de Sánchez Cerro cuyo objetivo era cazar a los apristas y con ella se masacró a cientos de personas en Trujillo de las cuales muchas víctimas fueron civiles y niños; la “Ley de Seguridad Nacional” en 1949 durante el gobierno de Odría, que declaraba como terroristas a grupos armados que atentan desde el patrimonio privado hasta el Estado; los crímenes de lesa humanidad (asesinatos, violaciones sexuales, desapariciones forzadas, etc.) cometidos por la Policía Nacional y las FF.AA. durante el Conflicto Armado Interno; entre muchas otras. Estas masacres y amenazas del Estado recibían el nombre de terrorismo por parte de la prensa y políticos liberales en el siglo XIX; sin embargo, en algún momento del siglo XX esta palabra empezó a usarse para nombrar las acciones de grupos insurgentes armados. Según Méndez (2020), esto ocurre así cuando el Estado monopoliza el uso represivo de la fuerza y la legitima mediante leyes.

En la actualidad, es evidente que este último uso es el que predomina en la escena pública, aunque también podemos reconocer que está ampliado debido al *terruqueo* hacia sectores que no tienen relación con grupos insurgentes como los indígenas, trabajadores o manifestantes en una protesta. En consecuencia, se ha vuelto tabú nombrar terrorismo a las acciones violentas y represivas del Estado frente a conflictos sociales. Asimismo, podemos dar cuenta de la legitimización de la violencia tanto el trabajo de Méndez (la “Ley del Terror”, Ley de Emergencia, Ley de Seguridad Nacional, etc.) como en la actualidad a través de la ley N° 31012 que, si bien no designa como terrorismo ciertas manifestaciones, exenta de todo cargo a policías y militares que maten o hieran de gravedad a cualquier persona

² Previamente a estos hechos, se intentó aprobar un proyecto de ley que buscaba reprimir y apropiarse de las tierras de los campesinos. Este fue nombrado por la prensa y los liberales como la “Ley del Terror”. Si bien dicho proyecto no se aprobó, en la práctica, las FF.AA. junto con los gamonales, tienen ciertas facultades que estipulaba dicha ley: derecho a cometer represiones armadas, asesinatos, amenazas y expropiaciones contra los campesinos. Es así que el Estado ha podido ejercer un régimen de terror contra esas poblaciones.

en el ejercicio de sus funciones, la cual ha servido de protección para los policías en los hechos ocurridos en noviembre y en los últimos paros agrarios. Sobre la base de los testimonios que he podido escuchar y mi propia experiencia, los hechos que se vivieron en noviembre (asesinatos, desapariciones, detenciones arbitrarias, violaciones sexuales, daños enormes a la salud y el cuerpo) constituyen una experiencia de violencia, terror, miedo y muerte –al igual que los hechos que expone Cecilia Méndez en la historia republicana–. Por ende, estas acciones provocadas por el Estado, a través del aparato represivo de la institución policial al servicio de un gobierno ilegítimo y asesino, constituyen un terrorismo de Estado.

Asimismo, considero que esto último fue así también por los antecedentes de violencia cometidos por el Estado a lo largo de su existencia. Lamentablemente, este tema no ha tomado suficiente lugar en la escena pública por el tabú que existe de hablar sobre la violencia estatal y por considerar solo terrorismo a lo que sucedió con Sendero Luminoso. Este silencio de los antecedentes de la violencia estatal es una forma de apartar la atención sobre nuestra propia historia, una historia que ha sido y es muy violenta y brutal, y que, si no se acepta y trata con las debidas consideraciones que merece en el espacio público, continuará presente en episodios de enorme violencia en nuestro país, pues nada cambiará en las acciones del régimen estatal.

Por otra parte, también quisiera hacer una reflexión acerca de la repercusión que tuvieron los sucesos de noviembre, principalmente de los asesinatos de Inti y Bryan. Inmediatamente después de esta tragedia, se generó una masiva indignación pública –que incluso se evidenció hasta en los medios de comunicación que criminalizaban a los manifestantes en los primeros días de las protestas–; lo que, a su vez, derivó en varias acciones de la ciudadanía. Algunos de ejemplos de ello fueron marchas contra la impunidad policial, construcción de altares, pintado de murales con sus rostros y hasta noticias en primera plana. Tal conmoción generalizada ha sucedido así pocas veces en las dos últimas décadas incluso cuando muchas personas han muerto en circunstancias similares; tal es el caso de los indígenas kukamas Willian López, Chemilton Flores y Elix Ruiz asesinados en agosto del año pasado en protestas contra el lote petrolero 95 (Loreto); o las muertes de Rudencio Manuelo y Walter Sencia Ancca, asesinados en Espinar (Cuzco) durante una represión policial en el 2012. En estos dos casos no habido una respuesta generalizada de la ciudadanía, por lo cual surge la siguiente pregunta: ¿por qué se ha dado una diferencia entre los niveles de indignación generados por uno u otro suceso? En mi opinión, aún está muy presente el imaginario centralista de Lima como sede de los principales acontecimientos en el Perú. Por ende, los hechos que sucedan fuera o alejados de esta ciudad tendrán una menor importancia para la opinión pública y el Estado. En palabras de Guillermo Salas (2020), existe una racialización de la geografía –es decir, un imaginario del territorio según región (costa, sierra o selva) asociadas, a su vez, a un cierto grado de “modernidad” y, por ende, a una cierta importancia mayor– que está estrechamente relacionada a una jerarquía étnico-racial. Esto genera que nuestras formas de imaginar la nación “sean indesligables de fuertes desigualdades en la distribución geográfica”. Por ende, “solo por distribución geográfica, unos terminan siendo ciudadanos más valorados que otros”. Esto confirma un triste hecho: la persistente y profunda desigualdad de una estructura

racista y clasista en el cual vive la mayoría de ciudadanos en el Perú. Si queremos construir una memoria colectiva objetiva, es imprescindible tener presente el recuerdo de todos aquellos y aquellas que también lucharon y fueron asesinados. Con esta declaración no quiero dar a entender que ahora se deba dar menor importancia a las muertes de Inti y Bryan, sino que, así como se les dio una atención justa y provocó una gran indignación, de esa manera también se debe tratar a los demás compañeros y compañeras caídos. Si bien puedo dar constancia de que he presenciado un creciente interés e indignación respecto a las muertes y luchas de otros ciudadanos, aún queda mucho por hacer.

Finalmente, resultaría poco plausible pensar que lo ocurrido fue un hecho excepcional. Las cosas que más impactaron a la población durante el año 2020 (la pandemia, la crisis económica y política, el paro agrario, la impunidad de los asesinatos policiales, etc.) no son aisladas, sino que son las consecuencias de un sistema neoliberal que se encarga de reproducir desigualdades al priorizar el interés privado sobre el bienestar social: especulación de precios, trabajo inestable, oligopolios y monopolios, privatización de la salud, educación, de los recursos naturales, precarización de la vida, entre muchos otros. La policía juega un rol fundamental aquí, puesto que se encarga de mantener el orden social establecido por el sistema y, si es necesario, de reprimir cualquier acto en contra de este. Frente a ese desolador panorama que amenaza la subsistencia de las personas, también existe resistencia a este sistema. La vemos en las ollas comunes, organizaciones indígenas o de base, sindicatos, eventos de memoria y, por supuesto, en las protestas. Lamentablemente, muchísimas personas han muerto o resultaron heridas de por vida en movilizaciones o protestas legítimas que buscan denunciar las injusticias del sistema. Por ende, no solo las muertes de estas personas no deben ser olvidadas, sino también el porqué de sus luchas. Las protestas de noviembre, la crisis sanitaria y económica, el paro agrario, la falta de oxígeno y medicamentos, entre muchos otros hechos, han dado un impulso a la discusión sobre un profundo cambio social y estructural en el Perú que busque el bienestar social. Creo que no debemos dejar pasar esa oportunidad.

Bibliografía:

1. Laura, Rosa (14 de diciembre de 2020a). La muerte de Jack. IDL-Reporteros <https://www.idl-reporteros.pe/la-muerte-de-jack/>
2. Laura, Rosa (2 de enero de 2020b). Nuevas revelaciones sobre la muerte de Inti. IDL-Reporteros. <https://www.idl-reporteros.pe/nuevas-revelaciones-sobre-la-muerte-de-inti/>
3. Méndez, Cecilia (6 de noviembre de 2020). Los caminos del terrorismo en el Perú, siglos XIX al XXI [Ponencia académica]. Coloquio Internacional de Estudiantes de Historia. PUCP. <https://www.facebook.com/coloquiohistoriapucp/videos/2681798462069514>
4. Salas, Guillermo (24 de noviembre de 2020). Violencia policial, legitimidad de la protesta y racialización de la geografía. CISEPA. <https://cisepa.pucp.edu.pe/novedades-y-eventos/novedades/violencia-policial-legitimidad-de-la-protesta-y-racializacion-de-la-geografia/>

La revolución es fiesta

Renata Niño de Guzmán

Estudiante de tercer año en el departamento de Sociología en la PUCP, feminista decolonial e interseccional y fotógrafa amateur. Mis temas de mayor interés son la antropología social, la teoría feminista, género y sexualidad.

La revolución es fiesta. Revolución es baile, es trans, es feminista. La revolución es cansancio, angustia y dolor. Es disrupción, transformación, volver a la raíz. Pero, sobre todo, la revolución es del pueblo.

En esta recopilación de 6 fotos, traté de transmitir la energía y fervor, que viví en las marchas, cuando el colectivo se unifica por un propósito. En este caso, la democracia. Casi se puede escuchar el tambor resonante, los gritos eufóricos y el amor entre desconocidxs, así como persiste en mis recuerdos. Sin embargo, a no todos les gusta la música, ni el baile. En esos días, también se vivieron constantes intentos de terminar la fiesta, la revolución. Los abusos de poder por la policía y el gobierno golpista, causaron infinidad de dolor y angustia para el país. Madrugadas que parecían no acabar, preguntándose si todos regresaron a casa. Te dormías para despertar con 2 muertes y más de 15 desaparecidos. Bombas lacrimógenas, balas de acero y fuerza bruta, no fueron suficientes para apagar el ruido.

En mi memoria, quedará marcada esa semana por el cansancio, angustia y dolor. Pero, espero, también no olvidar lo mucho que gocé al marchar junto a mis hermanxs y el orgullo extasiado de ese domingo a las 11am, cuando escuché la renuncia de Merino. Recordar que con baile, coros, tambores y trompetas, también se puede mover un país entero. Para eso están estas fotos.

La fiesta invita a todxs. No falta unx sin invitación. Igual, solo algunxs aparecen y son siempre lxs mismxs. Encabezan la lista lxs olvidadxs de otras reuniones, lxs rechazadxs que nunca dejan pasar y en la puerta lxs botan con desprecio. Aquellxs, siempre son el alma de la fiesta, nunca se cansan y siempre llegan al after. Qué gran fiesta se pierden aquellxs incapaces de bailar, sudar y gozar. Mucha bebida, para la sed insaciable de lxs invitadxs. Destellantes colores reinan la sala y los aromas universales decoran el lugar. Gargantas inagotables pese a tanto canto. Qué fiesta se pierden aquellxs tan comodxs en el silencio. ¿Alguien sabe cuánto durará? ¿Par de días? No creo. ¿Semanas? ¿Años? Posiblemente. No hay tiempo que perder y hay que aprovechar, con exceso y con mesura. Con inteligencia y con sentimentalismo, con organización y con espontaneidad. Con fraternidad. La invitación está siempre allí, no tiene fecha, no tiene lugar. Eso es lo más bonito, pueden ocurrir muchas fiestas simultáneamente. Puede haber incluso una fiesta universal. **La fiesta invita a todxs.**

¿Saben cuándo es la siguiente?



Segunda Marcha Nacional. 14 de noviembre, Plaza San Martín.



Almas de la fiesta y de la revolución. Nunca se cansan de bailar. Segunda Marcha Nacional. 14 de noviembre, Plaza San Martín.



Qué gran fiesta se pierden aquellxs incapaces de bailar, sudar y gozar. Segunda Marcha Nacional. 14 de noviembre, Plaza San Martín.



Puedo decir que fui testigo de que el amor desmedido entre desconocidos existe. 17 de Noviembre, Congreso de la República.



Es extraño. Nunca me sentí protegida por la policía. Ahora, como partícipe de una movilización social, los veo y no solo no me siento protegida, sino que no siento ni la mínima admiración a estas personas. Me voy dando cuenta que así es con todo lo que me enseñaron alguna vez a admirar, seguir. Voy creciendo, voy leyendo y ojalá vaya despertando. 11 de noviembre, Av. Arequipa. Movilización social a Plaza San Martín.



Para hacer revolución se tiene que comer bien. 17 de noviembre, Av. Abancay, a cuerdas del Congreso de la República.



No es una manzana podrida, es todo el sistema. No es solo los abusos de las últimas semanas, son años de impunidad. No es solo en Lima, casi nunca es en Lima. Es con nuestros hermanxs de la selva, de la sierra, de provincia. Lxs más vulnerables, lxs más violentados. 11 de noviembre, Avenida Arequipa. Movilización social a Plaza San Martín.

GOLPE CONTRA GOLPE

Las siguientes fotos se titulan "Golpe contra el Golpe", para demostrar la antítesis entre ambos. El 9 de noviembre, Manuel Merino junto a 105 integrantes del Congreso se arremeten en el poder con un Golpe de Estado. Un golpe a nuestra incipiente democracia, frágil república y a los ciudadanos. Frente a ello, el pueblo peruano se armó con cucharas de palo y ollas, tambores, tupperts y panderetas, para así generar un unísono de golpes para recuperar lo que nos habían quitado.



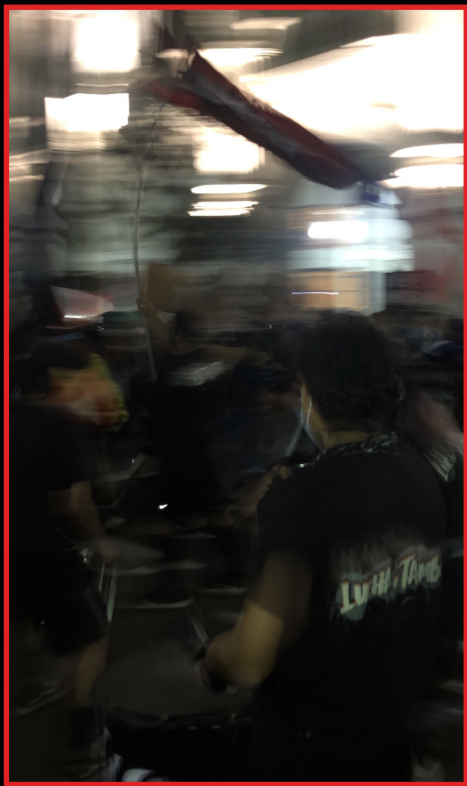
Golpe contra el golpe. Segunda Marcha Nacional. 14 de noviembre, Plaza San Martín.

Los tambores, nuestras gargantas y las banderas fueron nuestras mejores armas para combatir el abuso policial. Así al compás de los tamborileros, nos movilizábamos por toda la plaza San Martín para seguir bailando y cantando por recuperar la democracia. A pocas cuerdas, se acercaban las fuerzas policiales a acorralarnos, pero mientras la música siga, nosotrxs no íbamos a parar con miedo, con determinación.



Golpe contra el golpe. Segunda Marcha Nacional. 14 de noviembre, Plaza San Martín.

Pocos acontecimientos han unido tanto a un país que destaca por sus falsos encuentros, solo en ocasiones futbolísticas o gastronómicas. Esta vez, las banderas flameantes, en la espalda o en la mano, no faltaron. Después de movilizarnos por largas cuerdas en la av. Abancay, frente al Palacio de Justicia o algún canal televisivo vendido, era imprescindible cantar a todo pulmón el Himno Nacional y de paso, bailar con la persona de tu costado una canción criolla. Despertarse con los pies hinchados, el dolor de espalda y la ronquera, después de un gran día de fiesta, no importaba. Solo quedaba esperar hasta la hora de la concentración en la Plaza dos de Mayo o el Kennedy, para revivir, una vez más, esa sensación indescriptible de amor y unión con el prójimo.



Golpe contra el golpe. Segunda Marcha Nacional. 14 de noviembre, Plaza San Martín.



Golpe contra el golpe. Segunda Marcha Nacional. 14 de noviembre, Plaza San Martín.

Los seis días de noviembre. Crónica del estallido social en Perú.

Valeria Soldevilla Montoya

Rapsoda de nuestros tiempos. Escribo más de lo que converso. Amante de leer, narrar y caminar.

El lunes 9 de noviembre de 2020, el Congreso del Perú votó a favor de la vacancia del presidente Vizcarra. Este hecho catalizó el rechazo de la ciudadanía a nivel nacional. Así, iniciaría en el país un periodo de varios días de protestas que acabarían con la renuncia del presidente interino y la elección de un nuevo gobierno de transición. Estos eventos ocurrieron en el contexto de dos crisis: la crisis política y la crisis sanitaria. De ese modo, en el clamor ciudadano se hacían sentir tanto el hartazgo provocado por la primera crisis como la desesperación ante la indiferencia de la clase política frente a la lucha contra la segunda.

La actual crisis política hunde sus raíces en las elecciones generales del año 2016, en las que Pedro Pablo Kuczynski se hizo con el poder del gobierno frente a un Congreso marcadamente opositor y mayoritariamente fujimorista. Dos años más tarde, el presidente se vería obligado a renunciar entre escándalos de corrupción y un aparente clima de ingobernabilidad. Asumió entonces el primer vicepresidente, Martín Vizcarra. Entretanto, todos los presidentes electos durante el presente siglo enfrentaban casos judiciales por corrupción, en relación a los sobornos que pagaba la empresa Odebrecht para ganar las licitaciones de obras públicas. Estas situaciones exacerbaban la desconfianza e indignación que sentíamos los y las peruanas ante nuestros representantes, quienes habían llegado al poder con promesas trucas, encapsulando al Estado para saquearlo. Un año más tarde, en 2019, Vizcarra cerraría legítimamente el Congreso y se convocarían elecciones parlamentarias para enero de 2020. Sin embargo, el nuevo Congreso elegido no tuvo mejores relaciones con el Ejecutivo y dentro de él se configuró una oposición obstruccionista.

En dicho contexto político inicia la pandemia provocada por el COVID-19. Con el paso de los meses, entre la tragedia sanitaria, la saturación de los servicios de salud y la imposibilidad de continuar trabajando debido a la cuarentena, la sociedad peruana se vio fuertemente golpeada en términos económicos y morales. Con la vacancia presidencial, nuevamente, la actitud caprichosa y obstructora de los parlamentarios despertaba la indignación ciudadana para dar inicio a varios días de intensas movilizaciones. Sin embargo, en el presente texto se reconoce que este proceso no culmina en la renuncia de un presidente. Si bien dicho acontecimiento constituye un logro importante, las movilizaciones masivas de noviembre trascienden con una serie de demandas, viejas y nuevas, que se fueron articulando en la calle y en las redes sociales entre distintos grupos y como reacción ante los sucesos vividos durante las jornadas de protesta.

La cronología que se presenta a continuación narra, día a día, los principales sucesos de la crítica coyuntura de noviembre. En términos metodológicos, se recurrió, por un lado, a la revisión de noticias y redes sociales y, por otro, a las memorias de mis vivencias en las movilizaciones. En los apartados de los días lunes 9 y viernes 13, la narración se limita a lo recogido en la revisión hemerográfica, lo visto en internet y en televisión durante los días de protesta, dado que fueron los días en los que no asistí a las manifestaciones en las calles. En los apartados restantes incluyo detalles de mi participación presencial los días de protesta. De esta manera, como joven estudiante, busco reconstruir la forma en la que vivimos el conflicto social desde Lima, la capital, así como ofrecer una interpretación de los hechos en base a mi experiencia. No obstante, es importante puntualizar que mi interpretación y sentir no capturan la totalidad de subjetividades participantes en las marchas que se vivieron de modos distintos en las diferentes regiones del país.

Lunes 9 de noviembre.

El lunes 9 de noviembre a las 7:22 de la noche, el Congreso peruano aprobó la vacancia del presidente Martín Vizcarra por “permanente incapacidad moral” con 105 votos a favor de un total de 130 congresistas, lo cual resultó en la designación de Manuel Merino, el entonces presidente del Congreso, como presidente interino de la República. No pasó más de una hora para que la Plaza San Martín se llenara espontáneamente de miles de ciudadanos en protesta: parecía que presenciábamos un golpe de Estado. Además de la grave crisis sanitaria, se agudizaba la crisis política. Tras varios meses de agotamiento y desesperanza por la creciente desigualdad económica y la precariedad de vida frente al COVID-19, la indiferencia de nuestros representantes se sentía como un insulto. En el transcurso de la siguiente hora los voceros de las distintas bancadas se dirigían hacia la prensa para brindar declaraciones. A las afueras del Palacio Legislativo, en la Plaza Bolívar, el congresista golpista Ricardo Burga recibía un puñetazo en el rostro de parte de un joven movilizado. Pasadas las dos horas de la aprobación de la vacancia, Vizcarra salió del Palacio de Gobierno seguido de su gabinete ministerial para dar un Mensaje a la Nación: negaba las acusaciones de corrupción y con la frente en alto dejaba su cargo. Entretanto, pese al miedo generalizado por la pandemia, las calles del Centro de Lima se llenaban de gente y las plazas en distintas ciudades del Perú eran testigos del descontento ciudadano. El rechazo de la población no solo se dejaba sentir en Twitter, la red social más politizada, sino que Instagram y TikTok se plagaron rápidamente de información, videos en vivo de la situación en las calles y opiniones varias. Distintas asociaciones civiles, grupos de docentes, federaciones estudiantiles y organizaciones políticas expresaron también su rechazo. El mensaje inicial de la población movilizada fue claro: “Merino no me representa”. La vacancia, además de inconstitucional, era considerada por la ciudadanía como ilegítima.

Martes 10 de noviembre.

Las federaciones estudiantiles se auto-convocaron desde las primeras horas de la mañana. Había movimiento en las calles, en el clima aún se sentía la incertidumbre y la novedad. A las 10 de la mañana, inició la juramentación de Merino como Presidente de la República en el Congreso, custodiado por la policía. En más de diez ciudades distintas se registraron manifestaciones en contra de la vacancia y en rechazo del, hasta entonces, casi desconocido político, quien prometía en su discurso que llevaría el proceso electoral programado para el 11 de abril de manera justa y transparente.

En las calles y plazas del Centro de Lima se reunían, quizá por primera vez, grupos muy heterogéneos. Los primeros en organizarse fueron agrupaciones del movimiento feminista y los grupos en defensa de los DD.HH. Pero rápidamente las plazas se teñirían de distintos colores: la comunidad LGBTQ+, partidos de izquierda, movimientos amazónicos, algunos sindicatos de trabajadores, barras de fútbol y miembros de los partidos del Congreso que se habían opuesto a la vacancia. En Arequipa, Trujillo, Chiclayo, Huanayo, Iquitos,

Cuzco, Apurímac, Tacna, Puno, Loreto y Piura se repetía la misma escena (RPP Noticias, 2020). En Twitter, distintas comunidades indígenas del país anunciaban el inicio de su organización para manifestarse el viernes en Lima.

Aquel día llegué por la tarde al Centro Histórico. Las plazas y calles circundantes estaban repletas. La mayoría de manifestantes eran jóvenes. Las movilizaciones eran pacíficas y, por las tardes, parecían tener un clima festivo entre la indignación, con performances y danzas. Los grupos de hip hop o danzas folclóricas se hacían espacios entre la masa marchante para presentarse. Así, deteníamos por unos minutos nuestros gritos de protesta para rodearlos y apreciar las presentaciones y los mensajes que compartían. Algunos de nosotros, invitados por los músicos y percusionistas, nos uníamos a los entretenidos bailes. Las banderas teñían la ciudad de rojo y blanco.

En pocas horas el ambiente cambiaría radicalmente. La policía se recrudeció: nos enfrentaron con bombas lacrimógenas, varazos y perdigones. Ese día empezaría una brutal represión en nuestra capital, de esas que solo se viven en regímenes dictatoriales. Los periodistas fueron tratados con la misma violencia. Según fuentes policiales, los detenidos del día fueron alrededor de 30 (La Nación, 2020). Entretanto, por Twitter corrían las voces y videos, mientras abogados y abogadas se ofrecían para asistir a la gente retenida en las comisarías. Por un lado, los grandes protagonistas fuimos los y las jóvenes. Por otro, por ser una marcha masiva, una de las más grandes de nuestra historia, el grupo movilizado y nuestras demandas eran heterogéneas. En las calles se encontraron sectores distintos de la población. No existió un único liderazgo claro, sino que varias voces se alzaban: influencers, líderes de los movimientos sociales ya organizados (como el movimiento feminista y el amazónico) y voces nuevas. Se formaron grupos zonales de Whatsapp, se utilizaron bots en Telegram y la información más rápida y veraz se encontraba en TikTok e Instagram. Así, auto convocado y confluyente, nacía un grupo movilizado distinto.

Miércoles 11 de noviembre.

El miércoles 11 de noviembre, empezaron a darse ciertos acontecimientos que terminarían desencadenando en un efecto bola de nieve entre hechos y demandas de la población movilizada. A primeras horas de la mañana se dio a conocer que Ántero Flores-Arãoz, un político tradicional conservador, juramentaría como Presidente del Consejo de Ministros del gabinete de Merino. En sus primeras declaraciones expresó que consideraba que las universidades con licencia denegada por la SUNEDU debían tener una “segunda oportunidad”. O bien, que aquellas universidades que no habrían superado los requisitos mínimos para brindar una educación de calidad y por tanto, que lucraban a través de la estafa a miles de jóvenes, debían continuar en funcionamiento. Con esto, estaríamos sufriendo un repliegue de lo logrado con la Reforma Universitaria emprendida cerca de seis años atrás. Las declaraciones de Flores-Arãoz, además, dejaban entrever sus intereses personales: su estudio de abogados defendía a una de las universidades con licencia denegada, de la que había recibido el título de Doctor Honoris

Causa (Castro, 2020). Así, terminaba demostrando su pertenencia a la vieja clase política, defensora de sus intereses particulares en lugar de los del pueblo.

Entretanto, en el Congreso se agendaba la revisión de proyectos de ley en busca de la creación de cinco nuevas universidades y la modificación de la Ley Universitaria. Se estaba configurando el escenario esperado: Merino y compañía, habiéndose hecho con el poder, aprovecharían su nueva autoridad para satisfacer sus intereses individuales. A lo largo del día, jóvenes protestaron en frente del establecimiento de la SUNEDU para que se respete la autonomía de la institución y los avances en la Reforma Universitaria: las demandas se complejizaban.

En el resto del país las manifestaciones continuaban y la policía persistía en su uso indiscriminado de la violencia. Ahora ya no solo se trataba de identificar a las fuerzas del orden uniformadas, sino que se había infiltrado entre la ciudadanía movilizada el Grupo Terna: policías vestidos como civiles. En la mayoría de casos, estos trataban de azuzar a la población para llevarlos a la comisaría con el pretexto de mantener el orden en las marchas. Pero esta vez estábamos mucho mejor preparados, teníamos en claro que la policía no nos cuida, nos ataca. En los grupos zonales de Whatsapp y Telegram empezamos a generar conocimiento colectivo sobre cómo se veían “los ternas” y qué actitudes adoptaban. Además, como mecanismo de protección nos vimos en la necesidad de imprimir Habeas Corpus, a fin de que nuestros derechos sean respetados en caso de ser detenidos.

Por otro lado, durante la tarde se pronunció la OEA, expresando preocupación frente a la agudización de la crisis política e instando al Tribunal Constitucional a que determine la legalidad de las decisiones tomadas por el Congreso (El Peruano, 2020). Hasta entonces, el TC parecía estar haciendo voto de silencio mientras que “Merino no es mi presidente” era el grito más repetido. No solo desde las calles, pero desde sus ventanas, la población se hacía sentir con cacerolazos y carteles: cada vez éramos más. Aquella noche, mientras marchábamos hacia el Palacio Legislativo por la Avenida Abancay entre la multitud, oíamos alentadores gritos de lucha desde las ventanas de los edificios circundantes. La movilización era de todos.

Por su parte, los medios de comunicación televisivos desinformaban con titulares tendenciosos y malintencionados: “Protestantes violentos agreden policías y destruyen un cajero automático”. La realidad, documentada en las redes sociales y presenciada por miles de ciudadanos en las calles, era otra: no teníamos ministro/a del Interior y la policía arremetía contra nosotros bajo órdenes de... **¿de quién?**

Jueves 12 de noviembre.

Para el jueves 12 de noviembre se convocó la primera marcha nacional en varias ciudades del país; la sede principal sería la Plaza San Martín. El sentimiento de la población movilizada era en defensa de nuestra democracia, en defensa del Perú. Nuestra solidaridad y compañerismo se sentía a través de redes: se convocaban comisiones de monitoreo para rastrear detenidos, grupos de primera línea como desactivadores de bombas y grupos de primeros auxilios. Desde el Centro Federado de la facultad de Ciencias Sociales y desde las Asambleas de estudiantes, una de las cuales yo presidía, organizamos grupos de seguimiento que mantendrían permanente contacto con los responsables designados para cuidarnos en las calles. Así, la lucha no solo sería de quienes salimos a manifestarnos, sino también de aquellos compañeros que permanecían hasta muy tarde asegurándose de que lleguemos a nuestras casas. Las federaciones de las distintas universidades replicaban estos mecanismos de protección.

Eran las 3 de la tarde cuando mis compañeros y yo llegamos a la Plaza Dos de Mayo, a casi diez cuadras de la Plaza San Martín, centro de la movilización. Me dio la impresión de que el número de personas ocupando el Centro Histórico en protesta se había más que triplicado respecto a las jornadas precedentes. Algo nuevo sucedía en las calles: lo que para muchos había sido un estallido espontáneo en rechazo al gobierno ilegítimo de Merino se estaba transformando en un movimiento en donde se articulaban varias agendas. Entre las demandas se oía ahora un llamado a escribir una Nueva Constitución. Entretanto, mientras la policía se preparaba para dispersar violentamente a la población, juramentaba el nuevo gabinete ministerial. Entre ellos se encontraba Gastón Rodríguez, Ministro del Interior, quien más tarde diría que nunca se usaron perdigones ni balas de plomo contra los manifestantes y que el Grupo Terna no participó en la “mantención del orden”.

La realidad era otra. En distintos puntos del Centro Histórico de Lima la policía había hecho uso excesivo de la fuerza. Los ternas disparaban al aire y, mientras avanzábamos por Av. Abancay en dirección al Congreso, la policía disparaba bombas lacrimógenas en medio de la multitud acorralada. Habíamos caminado cerca de 4 horas y, si bien la avenida no es estrecha, las cuadras son de larga extensión, por lo que es fácil encontrarse lejos de una calle perpendicular en la que poder refugiarse. En el fondo de la multitud vi cómo se disparaban las primeras bombas lacrimógenas de la noche. El gas penetraba entre el tumulto como neblina impulsada por el viento. La primera intuición de muchos fue correr. Algunos de mis compañeros corrieron también, inducidos por la desesperación, alimentando la estampida de cuerpos aplastantes que huían. Logré agarrarme de unas rejas para evitar caerme mientras personas tosiendo y llorando corrían frente a mí. En un contexto de pandemia, agravar la posibilidad de contagio obligándonos a quitarnos la mascarilla y respirar, era prácticamente asesinarlos. Su uso, lejos de tener intenciones de dispersar a los manifestantes, parecía un ataque directo. A partir de las 8 p.m. llamó nuestra atención un ruido ensordecedor. Como muchos, levanté la cabeza en búsqueda del origen del bullicio: un helicóptero volaba sobre la avenida abarrotada por la multitud. En pocos minutos este se sumaría al ataque con

bombas lacrimógenas y gas pimienta, hecho que también sería negado por el Ministro del Interior.

En cualquier democracia, así agonice, un uso indiscriminado de la violencia de este tipo por parte de las fuerzas del Estado solo agudiza la indignación e incentiva mayor participación en la protesta. Así, el efecto bola de nieve de acciones y reacciones continuaba, mientras que el sentimiento de solidaridad aumentaba. Nuestra generación en protesta no era “terruca”, como nos tildaban los opositores al estallido. Entre sus voces se oía que éramos violentos, “rojos”, “comunistas”, y que desde nuestra ignorancia exigíamos un cambio. Pero no, no podían “terruquearnos”, nosotros no poníamos bombas, las apagábamos. Esa era una de nuestras consignas. Esa noche la policía dejó cuatro heridos con perdigones, dos de gravedad.

Viernes 13 de noviembre.

El viernes 13 de noviembre el Centro de Lima descansó. Los días anteriores nos habían dejado un aprendizaje importante: éramos miles y la policía apuntaba a matar. Sabíamos que volveríamos, más unidos y fuertes. Mientras tanto, los medios de comunicación tradicionales nos mostraban su peor cara: en televisión desprestigiaban la protesta, documentaban violencia ejercida por actores o miembros de partidos opositores a las marchas y censuraban el discurso real de la población movilizada. Esta vez, sus típicas maniobras de manipulación de la información no funcionaron. En la tarde se registraron movilizaciones frente los centros de varios medios de comunicación: América TV, Latina, ATV y Panamericana. Ese día se dio a conocer la renuncia de varios periodistas, quienes denunciaron que los canales acataban los pedidos del Gobierno, el cual vulneraba la libertad de expresión pidiéndoles a los medios que minimicen y trastoquen el sentido de las marchas. La realidad la veíamos en las redes sociales. Además, esa noche se movilizaron miles de personas en el distrito de La Molina hasta llegar a la casa de Ántero Flores-Araoz, el presidente del Consejo de Ministros quien había señalado que “no entiende por qué protestamos; no entiende qué nos fastidia”. De la misma forma, otro grupo movilizó marchó en San Borja a la casa de Manuel Merino, el presidente golpista. En ambos casos, la policía atacó con varazos a los manifestantes.

Sábado 14 de noviembre.

La segunda marcha nacional se convocó para las 2 de la tarde. Una vez más llegué con mis compañeros antes de la hora designada para reunirnos con los demás estudiantes. Agrupados en la plaza terminábamos de escribir y pintar nuestros carteles, tomar lista de cada uno de los participantes y coordinar nuestros movimientos de la tarde. No niego que estábamos algo atemorizados, sabíamos que los disparos de la policía eran letales y no disuasivos. Sin embargo, también estábamos mejor preparados y no éramos los únicos. Al llegar vimos distintos grupos de “primera línea” preparados con cascos, máscaras anti-gas y

escudos, listos para enfrentarse de ser necesario. Por nuestro lado, llevábamos paños de tela, vinagre y agua con bicarbonato para paliar los efectos del gas. Con el paso de las primeras horas nos tranquilizamos. Nuevamente durante las horas iniciales de la manifestación se vivía, dentro de todo, un clima más alegre. Las protestas se acompañaban con manifestaciones culturales, danzas y bandas de percusionistas.

Las consignas eran múltiples, para muchos sectores de la población no solo se trataba de defender los derechos, sino conquistarlos. “Urgente, Asamblea Constituyente”: una nueva Constitución para el pueblo, escrita por una Asamblea Popular. También levanté ese cartel con seguridad. Pero no lo hice porque pensara que podríamos lograrlo, que ocurriría en las ya próximas elecciones o que redactaríamos una Nueva Constitución al cabo de unos cuantos años, después de todo, sabía que no toda la población movilizada levantaba la misma consigna. Sin embargo, consideré que poner el tema en la agenda pública nacional para dar inicio a un diálogo abriría el momento constituyente. En las calles hablábamos de eso. ¿Qué era la Constitución? ¿Qué significa cambiarla total o parcialmente? ¿En qué nos afecta como sociedad, como individuos? ¿De qué forma impacta mi realidad? Eran preguntas que estaban aflorando en redes, en las mesas de las casas en los almuerzos, entre amigos... y una pequeña victoria de todo esto: estas no dejarían de formularse y responderse. Habíamos ganado un momento de diálogo y de (re)construcción ciudadana.

Con el caer de la noche la policía se dispersaba. En las plazas la señal de internet era nula, pero la gente estaba alerta y preparada. Cánticos, carteles, consignas, botellas de vinagre para aliviar el ardor de las bombas y gasas para los perdigones. Mientras que en la tarde hubo centros de fiesta, arte y folclor a modo de activismo, en la noche hubo gas y proyectiles. Entrar a la Av. Abancay significaba exponerse de forma letal y lo sabíamos mientras nos dirigíamos al Congreso. Esta vez, la policía se había alineado en formación muchas cuerdas antes del Palacio Legislativo, desde donde empezó a atacarnos. Pude escuchar, a pesar de estar unas cuerdas atrás de la primera línea, el ruido alarmante del enfrentamiento. La explosión de las bombas, los gritos de alerta y los disparos al aire, que más tarde sabíamos que se trataba de perdigones de plomo, postas e incluso canicas de vidrio.

Nosotros teníamos miedo de morir, pero la policía no tenía miedo de matarnos. Así fue, esa noche la policía mató a dos jóvenes manifestantes en el cruce de las avenidas Nicolás de Piérola y Abancay. Inti Sotelo y Bryan Pintado, dos estudiantes, fueron asesinados. Mientras huíamos de la avenida, perseguidos por la neblina tóxica, supimos del fallecimiento de Bryan, voluntario de la primera línea, quien llegó sin vida al hospital. Había sido impactado con proyectiles en el pecho y el rostro. Mientras tanto, sabíamos ya que Inti se encontraba en el hospital con heridas causadas por un impacto de bala en el tórax.

Al salir, en búsqueda de espacios abiertos nos congregamos varios manifestantes en el Paseo de los Héroes Navales. “Policía Asesina”, se oyó al unísono más de tres veces frente al Palacio de Justicia. El terrorismo de Estado había escalado. Por primera vez en el tiempo de vida de la mayoría de los ahí presentes habían sido asesinados manifestantes en Lima. Nuestro grito fue de lucha, de duelo; fue expresión de desconcierto e indignación. Más tarde, dicha noche, los policías continuaron diseminando terror entre los manifestantes para desagre-

garnos. Hubo decenas de heridos y desaparecidos. Aquella noche, no saber si tus amigos habían llegado a casa significaba no saber si continuaban con vida.

Domingo 15 de noviembre.

El domingo por la mañana desperté con la noticia de que Inti Sotelo había muerto con cuatro impactos de perdigones en el cuerpo. Estábamos de luto. Estábamos en duelo, en lucha y en duelo. Distintas ONGs y colectivos a favor de los Derechos Humanos se manifestaban e instaban al gobierno a asumir responsabilidad y hacer justicia (Amnistía Internacional, 2020). Nuestra lucha adquiriría un nuevo sentido. No solo se trataba de que se vayan Merino y compañía, de que se respete la SUNEDU y se reforme la Constitución, ahora pedíamos también una reforma policial. Las fuerzas del orden estaban corruptas como institución y necesitábamos reformarlas desde la raíz. Justicia para los muertos, los desaparecidos y heridos. Eliminación de la inmunidad parlamentaria: 105 congresistas eran también criminales y tenían que pagar. A lo largo del día se armaron memoriales en honor a Inti y a Bryan en varias plazas de la capital. Además, renunciaron trece de los dieciocho ministros del gabinete. A medio día, Manuel Merino anunciaba su renuncia irrevocable del cargo, tras seis días en el poder. Su corto gobierno dejó un saldo de 2 muertos, más de 100 heridos y 41 desaparecidos (BBC News Mundo, 2020).

Lunes 16 y martes 17 de noviembre.

Los días que siguieron también fueron testigos de movimiento en las calles. El lunes temprano algunos manifestantes acompañaron la procesión y entierro de los fallecidos. “Voy a dar la vida por mi patria” habrían sido las últimas palabras de Inti, según lo narrado por su madre (Contreras, 2020). Durante la tarde exigíamos en las plazas una Nueva Constitución y justicia para las víctimas. Esta vez la policía actuaba con mesura. Al Congreso le tocaba elegir a un presidente y la ciudadanía permanecía fiscalizadora. La primera lista, encabezada por Rocío Silva Santisteban, fue rechazada el domingo 15. Fue el lunes 16 que el pleno del Congreso aprobó la Mesa Directiva presidida por Francisco Sagasti y conformada por congresistas que se habían opuesto a la vacancia. A la mañana siguiente, juramentaría como presidente en una ceremonia a la que asistieron los familiares de los fallecidos y heridos.

La que había sido catalogada como “Generación del Bicentenario” y glamorizada por los medios de comunicación con dicho título, parecía haber cumplido su cometido: la caída del proyecto autoritario de Merino. En los siguientes días las marchas se disolvían y los canales de televisión se lavaban las manos rindiendo homenaje a la “poderosa y valiente Generación del Bicentenario”. En realidad, el único propósito de esto sería el de desvirtuar el sentido de nuestra lucha. El título nos homogeniza, cuando en realidad hay un

espectro de demandas que confluyen en nuestro movimiento. Además, este discurso empleado por los medios tiene como finalidad construir una memoria superficial al plantear el estallido como un evento espontáneo sin precondiciones, ignorando las causas estructurales de las demandas ciudadanas. Así, detrás del “heroísmo” y “novedad” de la movilización juvenil no quedaría nada más que el “éxito” de haber logrado la caída de un presidente autoritario. De ese modo, dicho discurso hegemónico despolitiza, al ignorar los profundos sentidos de la movilización, y des-historiza, al enmarcarlo como un proceso excepcional y terminado.

Como parte del grupo movilizado en Lima, puedo recoger mi sentir y el de los compañeros. No somos la “Generación del Bicentenario”, no celebramos 200 años de una fallida construcción de Nación en la que gran parte de los ciudadanos son excluidos y oprimidos. Diría yo que somos la Generación contra el Bicentenario, contra aquellos que han escrito la historia oficial de nuestro país reduciendo a grandes sectores de nuestra población a personajes secundarios. La demanda por una Nueva Constitución revela, a mi entender, el agotamiento de un gran sector de la población ante el régimen neoliberal que lleva ya 30 años perpetuando una cultura en la que el lucro y la competencia priman sobre todo, en la que las comunidades indígenas son estigmatizadas como “anti-desarrollo” y con la que no se puede construir un futuro inclusivo. La Constitución de 1993, producto de la dictadura, avala la explotación de nuestras tierras y recursos para enriquecer a unos pocos a costa del empobrecimiento de muchos.

La situación actual que vivimos en la lucha frente a la tragedia sanitaria ha develado de la forma más cruda el fracaso del proyecto neoliberal y la política de la corrupción que impregna todas las esferas del Estado y del mercado, que hoy nos cuesta la vida ante la carencia de oxígeno. En este contexto, el próximo 28 de julio cumpliremos 200 años de República en los que la clase dirigente se ha encargado de que no logremos construir un proyecto de unidad nacional que incluya nuestra verdadera diversidad; no tenemos nada que celebrar.

Y ahora, ¿qué?

Han pasado ya más de **100 días** y aún no tenemos justicia para nuestros muertos y heridos. En la campaña presidencial las exigencias de la ciudadanía no se discuten con la atención que merecen. Una vez más, los partidos parecen estar fallándonos como vehículos canalizadores de demandas. El movimiento debe permanecer latente, atento y fiscalizador. El adormecimiento de la movilización puede parecernos desalentador, pero debemos aprovechar la apertura de nuevos espacios de encuentro y debate como ganancias. Así, nuestra alta capacidad reactiva como ciudadanos puede transformarse en capacidad constructiva y propositiva. No cesemos el diálogo, no dejemos de hablar de por qué sentimos la necesidad de redactar una Nueva Constitución.

Aquellos seis días de noviembre *nunca* deben ser olvidados.

Bibliografía:

1. Amnistía Internacional. (13 de noviembre de 2020). Perú: Amnistía Internacional documenta uso excesivo de la fuerza por parte de la Policía Nacional. <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2020/11/peru-amnistia-documenta-uso-excesivo-de-la-fuerza-por-policia/>
2. BBC News Mundo. (15 de noviembre de 2020). Renuncia Manuel Merino, presidente interino de Perú, tras menos de una semana en el poder. BBC News. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-54951608>
3. El Peruano. (11 de noviembre de 2020). OEA emite comunicado sobre la situación en el Perú. <https://elperuano.pe/noticia/107912-oea-emite-comunicado-sobre-la-situacion-en-el-peru>
4. La Nación. Unos 30 detenidos y algunos heridos en protestas contra Merino en Perú. <https://www.lanacion.com.py/mundo/2020/11/10/unos-30-detenido-y-algunos-heridos-en-protestas-contramerino-en-peru/runatvpe/antoro-flores-araoz-en-contrade-reforma-universitaria/>
5. Castro, H. (11 de noviembre de 2020). Flores Araoz en contra de reforma universitaria. Runa TV Online. <https://runatv.pe/antoro-flores-araoz-en-contrade-reforma-universitaria/>
6. Contreras, C. (17 de noviembre de 2020). "Voy a dar la vida por mi patria": frase que describe a Inti y a Jack. La República. <https://larepublica.pe/sociedad/2020/11/17/voy-a-dar-la-vida-por-mi-patria-frase-que-describe-a-inti-y-a-jack/?ref=ire>
7. RPP Noticias. (10 de noviembre de 2020). Perú al día: Protestas en diversas regiones del país en contra de la vacancia presidencial [Audio galería] <https://rpp.pe/peru/actualidad/peru-al-dia-protestas-en-diversas-regiones-del-pais-en-contrade-la-vacancia-presidencial-noticia-1303478>

Ni un minuto de silencio, toda una vida de lucha.
Compañeras y compañeros asesinados por las fuerzas del
orden en el marco de protestas sociales, ¡presentes!

Reynaldo Reyes Ulloa, 26 años (30/DIC/2020), Distrito de Chao, Virú, La Libertad
K.N.R.C., 16 años (30/DIC/2020), Distrito de Chao, Virú, La Libertad
Jorge Yener Muñoz, 19 años (3/DIC/2020), Distrito de Chao, Virú, La Libertad
Inti Sotelo Camargo, 24 años (14/NOV/2020), Centro de Lima, Lima
Jack Brian Pintado Sánchez, 22 años (14/NOV/2020), Centro de Lima, Lima
Wilian López Ijuma, 29 años (8/AGO/2020), Requena, Loreto
Chemilton Flores Crispín, 37 años (8/AGO/2020), Requena, Loreto
Elix Ruiz Ortiz, 35 años (8/AGO/2020), Requena, Loreto
Quintino Cerceda Huisa, 42 años (14/OCT/2016), Cotabambas, Apurímac
Uriel Elguera Chilca, 34 años (29/SET/2015), Cotabambas, Apurímac
Beto Chahuayo Huillica, 24 años (29/SET/2015), Cotabambas, Apurímac
Alberto Cárdenas Challico, 23 años (29/SET/2015), Cotabambas, Apurímac
Exaltacion Huamani, 30 años (29/SET/2015), Challhuahuacho, Apurímac
Jenrry Henry Checya Chura, 35 años (5/MAY/2015), Islay, Arequipa
Luís Quispe Chunpe, 38 años (25/MAR/2015), Marcona, Ica
Carlos Rondón Rodríguez, 44 años (24/MAR/2015), Cocachacra, Islay, Arequipa
Victoriano Huayna Nina, 61 años (23/MAR/2015), Islay, Arequipa
Kenyi Castro Velita, 32 años (25/OCT/2012), La Parada, Lima
Máximo Alejandro González Huamán, 36 años (30/AGO/2012), Jauja, Cajamarca
C.M.A., 17 años (3/JUL/2012), Celendín, Cajamarca
Eleuterio García Rojas, 50 años (3/JUL/2012), Celendín, Cajamarca
José Fausto Silva Sanchez, 35 años (3/JUL/2012), Celendín, Cajamarca
Raúl Canccapa Huaricallo, 38 años (24/JUN/2011), Juliaca, Puno
Edwin Félix Yrpanipoca Turpo, 20 años (24/JUN/2011), Juliaca, Puno
Antonio Campos Huanca, 65 años (24/JUN/2011), Juliaca, Puno
Gregorio Huamán Mamani, 57 años (24/JUN/2011), Juliaca, Puno
Iván Ccora Quispe, 30 años (22/JUN/2011), Tayacaja, Huancavelica
D.H.M., 14 años (22/JUN/2011), Tayacaja, Huancavelica
Oswaldo Quispe Lázaro, 21 años (22/JUN/2011), Tayacaja, Huancavelica
Rudecindo Manuelo Puma, 27 años (29/MAY/2012), Espinar, Cusco
Walter Sencia Ancca, 26 años (29/MAY/2012), Espinar, Cusco
María Choque Limache, 61 años (26/ABR/2011), Huacullani, Puno
Néstor Cerezo Pataña, 30 años (4/ABR/2011), Islay, Arequipa
Miguel Ángel Pino, 23 años (4/ABR/2011), Islay, Arequipa
Aurelio Clemente Huarcapoma, 50 años (4/ABR/2011), Islay, Arequipa
Andrés Taipe Choquepoma, 22 años (4/ABR/2011), Islay, Arequipa
Ramón Colque Vilca, 55 años (4/ABR/2011), Islay, Arequipa
Muñante Willy Cadillo Vergara, 33 años (6/DIC/2010), Recuay, Áncash
Leoncio Fernández Pacheco, 48 años (16/SET/2010), Espinar, Cusco
H.B.H., 14 años (12/AGO/2010), La Convención, Cusco
Juan Vega Reyes, 21 años (3/AGO/2010), Aguaytía, San Martín
J.H., 17 años (3/AGO/2010), Aguaytía, San Martín
Andrés Bautista Crisanto, 43 años (3/AGO/2010), Aguaytía, San Martín
A.S., 9 meses (3/AGO/2010), Aguaytía, San Martín
Aurelio Niño Ambrosio, 25 años (28/ABR/2010), Alto Corvina, Ayacucho
Alejandro Llamoca Barriga, 34 años (4/ABR/2010), Chala-Caleta, Arequipa
Edgar Mitma Wilcarina, 37 años (4/ABR/2010), Chala-Caleta, Arequipa
Arturo Zamata Chiri, 26 años (4/ABR/2010), Chala-Caleta, Arequipa

Juan de Díos Narrea Huamani, 38 años (4/ABR/2010), Chala-Caleta, Arequipa
Juana Maldonado de Leiva, 80 años (4/ABR/2010), Chala-Caleta, Arequipa
Belisario Churas Rivera, 23 años (4/ABR/2010), Chala-Caleta, Arequipa
Edilberto Valverde Ramos, S/E¹ (18/MAR/2010), Santiago de Chuco, La Libertad
William Saavedra, 19 años (3/MAR/2010), Piura, Piura
Martín Carrasco Nanfaro Piura, 42 años (3/MAR/2010), Piura, Piura
G.C.L.N, 16 años (3/MAR/2010), Piura, Piura
M.A.C., 15 años (3/MAR/2010), Piura, Piura
Cástulo Correa Huayama, 39 años (2/DIC/2009), Cajas-Canchaque, Piura
Vicente Romero Ramíz, 52 años (2/DIC/2009), Cajas-Canchaque, Piura
Santos Garriazo Ledesma, 46 años (30/SET/2009), Aucayacu, Huanuco
Rufino Castillo Esteban, 47 años (30/SET/2009), Aucayacu, Huánuco
José Mori Hoyos, 19 años (16/SET/2009) Hualgayoc, Cajamarca
Vicente Rufino Castillo, 46 años (2/SET/2009), Leoncio Prado, Huánuco
Wilber Huamanñahui Espinoza, 21 años (15/JUL/2009), Marcona, Ica
Remigio Mendoza Ancalla, 50 años (2/JUL/2009), Chumbivilcas, Cusco
Romel Tezanóa Sánchez, 27 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Felipe Sabio César Sánchez, 30 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Jorge Ángel Pozo Chipana, 58 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Abel Ticlla Sánchez, 27 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
David Jaucito Mashigkash, 19 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Genaro Samecash Chamik, 30 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Jesús Carlos Timias Juwan, 19 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Alejandro Salazar Huamán, 42 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Porfirio Coronel Jiménez, 24 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Florencio Pintado Castro, 43 años (5/JUN/2009), Bagua, Amazonas
Manuel Dekntai, 22 años (10/MAY/2009), Bagua, Amazonas
Doris Mendoza Paredes, 46 años (16/NOV/2008), Concepción, Huancayo
Ronald Gamarra Chueca, S/E (4/NOV/2008), Tacna, Tacna
Helmer Arpasi Valeriano, 34 años (1/NOV/2008), Tacna, Tacna
Jorge Huanaco Tutuca, 30 años (22/JUL/2008), Patatz, La Libertad
Manuel Jesús Yupanqui Ramos, 24 años (12/JUL/2008), Patatz, La Libertad
Emiliano García Mendoza, 50 años (19/FEB/2008), Huamanga, Ayacucho
Rubén Pariona Camposano, 32 años (19/FEB/2008), Huamanga, Ayacucho
Julio Rojas Rocca, 24 años (18/FEB/2008), Valle de Pativilca, Barranca, Lima
Julián Jorge Altamirano Román, S/E (15/JUL/2007), Andahuaylas, Apurímac
Sergio Alanoca, S/E (12/JUL/2007), Juliaca, Puno
Julio Raymundo, 38 años (15/JUN/2007), Casapalca, Lima
Óscar Fernández, 31 años (15/JUN/2007), Casapalca, Lima
Marvín Gonzales Castillo, 19 años (11/ABR/2007), Ancash
Octavio Aquino Inga, 31 años (19/MAR/2007), Tayacaja, Huancavelica
Cirilo Tuero Alarcón, 36 años (7/DIC/2006), Abancay, Apurimac
J.C., 17 años (30/AGO/2006), Sicuani, Cusco
Isidro Llanos Chavarría, 58 años (2/AGO/2006), Combayo, Cajamarca
Edmundo Becerra Cotrina, 43 años (1/NOV/2006), Cajamarca
Melanio García Gonzáles, S/E (1/AGO/2005), Ayabaca, Piura
Remberto Herrera Racho, S/E (22/ABR/2004), Piura
Enrique Mega Castillo, S/E (2/FEB/2004), Pucallá, Lambayeque
Efraín Rubén Arzapalo Arzapalo, 37 años (27/NOV/2003), Matacancha, Junín
Edy Quilca Cruz, 18 años (29/MAY/2003), Puno, Puno
Marcelino Sulca, 83 años (19/FEB/2002), San Clemente, Ica
Y la lista continúa...

¹ S/E: Sin edad identificada. La Comisión Editorial no ha podido encontrar dicha información.

Mentira, nada ha cambiado

El presente collage fue elaborado con varios métodos: la base son recortes manuales de periódicos, y hay uso de gomas. Una segunda parte fue unida mediante el programa photoshop, programa que también usé para configurar el tamaño de ciertos recortes. Asimismo, el fondo del collage también fue pintado con photoshop, así como el título y nombre en la parte inferior derecha. El collage tiene el propósito de criticar a la mal llamada “Generación del Bicentenario”. En primera instancia, se critica aquella homogeneización¹ que se pretende establecer a partir de un solo problema político (vacancia y toma de poder “golpista”). Es decir, se considera que se utilizó una sola lucha para unificar al país y posterior a ello, las poblaciones “lejanas” a Lima continuaron solas con sus luchas. En segunda instancia, mediante imágenes y palabras, se hace mención a problemáticas olvidadas o ignoradas, como la transfobia, el asesinato de indígenas amazónicos, la desigualdad, el racismo, entre otros. Asimismo, todo esto (que se considera como un problema estructural: “el abuso del sistema es el mismo de entonces”) se relaciona con el tema del colonialismo y la colonialidad; así como la perpetuación de esta última en varios espacios actuales. Esta relación se hace a partir de mencionar fechas² como 1532, 1542, 1821 y el 2020. Por último, si bien se hace una crítica a no desmerecer otras luchas (específicamente las que no suceden en Lima), tampoco se tiene la intención de desprestigiar las luchas de noviembre del 2020, pues la indignación nos tocó a muchxs.

¹ Se hace referencia a la idea de una nación unificada.

² Las fechas citadas (1532, 1542, 1821 y 2020) representan años simbólicos dentro del proceso histórico del Perú. De ese modo, las tres primeras hacen referencia a la Conquista del Perú, el inicio del Virreinato y la Independencia, respectivamente. El 2020, por su parte, fue el año en que la crisis generalizada salió a la luz y nos mostró que las consecuencias de aquel colonialismo no se han superado. Por ejemplo, observamos cómo defensores amazónicos eran asesinados en tiempos de pandemia y cómo los asentamientos humanos y la educación rural siguen siendo olvidados.

Catherine Mercedes Juarez Vidal

Me llamo Catherine y tengo 22 años. Nací y vivo en San Juan de Lurigancho. Actualmente estudio Antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Los temas que más me interesan son sobre el Desarrollo, la interculturalidad y la decolonialidad. Aparte de ello me gustan las artes visuales, por lo cual practico (aficionadamente) el dibujo y pintura, la fotografía y el collage de manera espontánea.

1532

INDÍGENAS OLVIDADAS

1821



LOS DILEMAS
la Generación DEL BICENTENARIO

1542

¿EL TRIUNFO
DE LA nación?

ADVERSIDAD

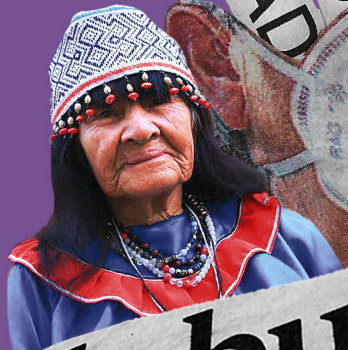
GOLPISMO

el racismo

el odio y la transfobia

DESIGUALDAD

Covid 19



El abuso
DEL sistema
es el mismo de entonces.

SIGUEN LAS
PROTESTAS
CONTRA LA
LEY AGRARIA

2020

asesinatos

represión

PARO EN ICA. Enfrentamiento entre los trabajadores agrarios y la Policía.

MENTIRA,
NADA HA CAMBIADO ~CATHERINE
JUAREZ

El Estado y la acumulación de capital: una revisión de Bob Jessop

Fernando Quirós

Un personaje siniestro interesado en la crítica del Estado, la economía política y cada vez más cosas



Qué tiene que ver el Estado con el modo de producción capitalista

Es el Estado un mero gestor de los intereses de la clase capitalista



Estas preguntas siguen siendo cruciales para la teoría del Estado y la economía política. Sin embargo, en los últimos años, la corriente estatista ha desplazado estas preguntas a un segundo plano. Esta corriente se basa en la idea de que el Estado tiene una lógica institucional propia y no es un mero reflejo de la correlación de fuerzas de la sociedad civil. Los autores de esta corriente argumentan que el Estado tiene poderes autónomos que han sido ignorados por “enfoques centrados en la sociedad”, en oposición al “enfoque centrado en el Estado” que desarrollan. El libro fundacional de esta corriente es, quizás, *El Estado* regresado al primer plano (1985) editado por Peter Evans, Dietrich Rueschmeyer y Theda Skocpol.

La corriente estatista lanzó una potente crítica a la idea de que el Estado es inherentemente burgués, plantearon analizar al Estado en sí mismo y estudiar las acciones que emprenden los gestores estatales (políticos y burócratas), señalando que el Estado es la “variable independiente” en los procesos sociales. Cabe señalar que, al centrarse directamente en las capacidades estatales, en los regímenes políticos y en la geopolítica, la corriente estatista ha generado mucha información heurística sobre el comportamiento real de los Estados mediante nuevas investigaciones que adoptan este esquema (ver una revisión para el Perú en Tanaka, 2010). En estas investigaciones, sin embargo, las preguntas en torno al capitalismo, a sus leyes de movimiento y a la lucha de clases suelen considerarse secundarias. Pueden o no preguntarse por las formas y funciones que utiliza el Estado para asegurar la acumulación y reproducción del capital (Jessop, 1990, p.92). Así, por ejemplo, Theda Skocpol (1985) señala que Karl Marx erróneamente otorgó prevalencia a las lógicas del capitalismo industrial por sobre las lógicas militaristas y las rivalidades territoriales de los Estados. En el plano local, Eduardo Dargent indica, frente a diversos análisis de clase del régimen velasquista y frente a críticas marxistas que cuestionaron la autonomía del Estado durante las reformas de mercado de Alberto Fujimori, “si bien no comparto esta visión, pues las explicaciones centradas en el Estado para explicar ambos fenómenos me parecen más razonables, la crítica sí es relevante para recordar la importancia de incluir los intereses de clases poderosas en los análisis políticos.” (2010, p.78). De este modo, la corriente estatista no implica necesariamente la negación del capitalismo como modo de producción y configuración específica de relaciones de clase, sino que más bien establece que estas dinámicas son menos relevantes frente al poder que tienen los Estados de ejercer autoridad sobre las fuerzas sociales dentro de un territorio.

Más allá de realizar una crítica a los fundamentos teóricos de esta corriente¹, esta nota crítica busca traer “de vuelta” el modo de producción capitalista a la teoría del Estado. Para ello, abordaré algunos textos del politólogo británico Bob Jessop, que, a lo largo de su obra, ha procurado desarrollar un análisis crítico del Estado y la economía política. En primer lugar, examinaré su crítica a la separación simplista entre el Estado y la sociedad que se da en el enfoque estatista, y su noción de la separación-en-la-unidad entre el Estado, la economía y otros órdenes sociales. Jessop argumenta que el Estado y la economía son subsistemas con lógicas institucionales distintas entre sí, tienen una autonomía operativa, dinámicas espacio-temporales diferenciadas y modos de cálculo propios. Sin embargo, indica que diversas prácticas articuladoras situadas históricamente pueden generar una coherencia institucional mutua, un acoplamiento estructural entre distintos subsistemas, así como la dominación vinculada a la hegemonía de uno de ellos. Luego, resumiré las dos estrategias de investigación propuestas por Jessop para analizar los vínculos entre el Estado y la acumulación de capital: el análisis del Estado de tipo capitalista y el análisis del Estado de las sociedades capitalistas.

¹ Para una revisión de las distintas líneas de ataque que se han realizado frente al estatismo ver Jessop, 1990, pgs.283-286.

Análisis del Estado y economía: la separación-en-la-unidad de Bob Jessop

Como señala Jessop, no todos los análisis marxistas han ignorado al Estado: "otros han sido acusados de 'politicismo' precisamente porque enfatizan la autonomía relativa del Estado, y porque pasan por alto su determinación por la instancia económica." (Traducción propia de Jessop, 1990, pp.287-288). Como un autodefinido marxista abierto o no dogmático (ver Jessop 2016, p.152), Jessop recoge algunas ideas de Gramsci² y rechaza el economicismo. En este sentido, coincide con la corriente estatista en criticar al reduccionismo económico³ implícito en la mayoría de teorías marxistas sobre la autonomía relativa del Estado, y propone una definición propia⁴. Dado que considera que no puede haber una teoría general o transhistórica del Estado - pues este está en constante movimiento y puede ser estudiado desde muchos puntos de partida - y que, más bien, se debe estudiar la variación de las formas, funciones y efectos estatales, la definición general del Estado que desarrolla Jessop establece que

El núcleo del aparato estatal está compuesto por un conjunto relativamente unificado de instituciones y organizaciones empotradas en la sociedad y formalizadas socialmente y que son estratégicamente selectivas (Staatsgewalt), cuya función socialmente aceptada es la de definir y aplicar decisiones colectivas vinculantes para los miembros de una sociedad (Staatsvolk) de una determinada área territorial (Staatsgebiet) en nombre del interés común o la voluntad general de una comunidad política imaginada que se identifica con ese territorio (Staatsidee) (Jessop, 2016, p.93).

De ahí se desprende que el Estado es una relación social con una lógica propia y que el sistema estatal tiene "...sus propios intereses, los cuales pasan por reproducirse a sí mismo como aparato jurídico-político y por legitimar su autoridad..." (ibíd., p.169). Por tanto, Jessop acusa a parte del marxismo⁵ de subsumir al Estado a la lógica del capital o a la lógica de clase, así como de marginar otras formas de dominación social vinculadas al ejercicio del poder estatal (patriarcal, étnica, racial, interestatal, regional o territorial) y exagerar la coherencia estructural de la dominación de clase ignorando sus contradicciones y tensiones inherentes (ibíd., p.175). Sin embargo, el énfasis en la autonomía operativa del Estado no excluye, según Jessop, que no exista una interdependencia mutua entre distintos órdenes sociales, de modo que el Estado y el sistema político no son sistemas separados sino que integran órdenes institucionales más amplios. Por lo tanto, Jessop critica la distinción entre "enfoques centrados en el Estado" y "enfoques centrados en la sociedad" hecha por la corriente estatista, puesto que dicho enfoque implica que la sociedad y el Estado existen como entidades independientes plenamente constituidas, que son internamente coherentes y mutuamente excluyentes (1990, p.287).

³ Jessop critica, entre otros, a Ralph Miliband y Louis Althusser, aunque también critica este tipo de posiciones en algunos textos de Antonio Gramsci y Nicos Poulantzas (2016, p.59-65).

Para explicar la separación-en-la-unidad del Estado frente a otros órdenes sociales, el autor recurre a la teoría de la autopoiesis y a conceptos gramscianos y poulantzianos. En primer lugar, se apoya en la teoría de la autopoiesis, proveniente del campo de la biología celular que explica la capacidad que tienen las células vivas de reproducirse por sí mismas, y que ha sido traducida a las ciencias sociales por autores como Niklas Luhmann, Gunther Teubner y Helmut Willke (Jessop, 2008a, p.26). De estas investigaciones rescata la idea de que las sociedades modernas están caracterizadas por la diferenciación funcional de muchos sub-sistemas (Jessop, 1990, p.331). Estos sub-sistemas (la economía, la ciencia, el sistema legal, el sistema político) pueden ser estudiados como autorreferenciales, autorreproductivos y autorregulados (Jessop, 2008a, p.26). Los subsistemas autopoieticos definen sus límites en relación con su ambiente o hábitat, desarrollan sus propios códigos operativos unificadores⁶, implementan sus propios programas, reproducen sus propios elementos en circuitos cerrados y obedecen a sus propias leyes de movimiento (Jessop, 1990, p.330). De esta manera, Jessop distingue el circuito del capital del circuito de las políticas públicas y el ciclo electoral.

No obstante, al contrario de la visión que le atribuye a Luhmann, Jessop señala que la sociedad es más que la suma de sus partes. En este sentido, argumenta que el fenómeno de la interdiscursividad y la interdependencia funcional entre subsistemas diferenciados desacreditan la posibilidad de que el desarrollo social esté guiado principalmente por la co-evolución ciega de subsistemas, o lo que es lo mismo, por la mera suerte (ibid, p.327). Por esta razón, introduce el concepto de acoplamiento estructural. Esto implica que, dado que un subsistema existe en un hábitat, su propio desarrollo está relacionado con el de su ambiente. Jessop señala que "A través de esta interacción secuencial, path-dependent, el subsistema llega a ser estructuralmente acoplado a su entorno" (Traducción propia en Jessop, 1990, p.328). Además, señala que los subsistemas se acoplan estructuralmente entre ellos cuando sus operaciones autopoieticas perturban a los subsistemas con los que coexisten, y se genera una interdependencia funcional y de recursos en la que cada uno logra responder de acuerdo con su propia dinámica interna (ibíd., p.327-331).

Según Jessop, la teoría de la autopoiesis provee una posible solución al reduccionismo económico marxista. En este sentido, propone el término dominación ecológica para referirse a la capacidad que puede tener un subsistema de causar más problemas para el resto de los que pueden causar para este (Jessop, 2008a, p.26). El subsistema que logre el mayor grado de complejidad organizada y flexibilidad a través de su propia organización interna, tenderá a dominar a la sociedad en la que se encuentra. Ahora bien, Jessop señala que esto puede sintetizarse con la idea marxista de que la economía - en el modo de producción capitalista - es el principio de organización social dominante a escala mundial, pero ello no quiere decir que posibles "...crisis en otros lugares puede llevar a que otros subsistemas adquieran primacía a corto plazo. Esto sucedería en la medida en que resolver estas crisis se convierta en

⁶ Jessop examina los códigos del sistema político propuestos por Luhman en las oposiciones (1) gobierno oposición (2) Legalidad-ilegalidad (3) progresista-conservador y (4) movilizaciones en la elección de cargos estatales y programas políticos (ver Jessop, 1990, p.323-324).

el problema más urgente para la reproducción exitosa de todos los sistemas.” (Traducción propia en Jessop 1990, p.334). En este sentido, las teorías de la autopoiesis son la primera fuente de la explicación de la separación en-la-unidad entre el Estado y la economía (como del Estado frente a otros órdenes sociales), y parte de la explicación sobre por qué un subsistema puede cobrar prevalencia sobre el resto.

Las otras fuentes que utiliza Jessop para explicar la idea de separación-en-la-unidad provienen de Antonio Gramsci y Nicos Poulantzas. En primer lugar, Jessop toma de Poulantzas la noción de que el Estado no es una cosa ni un sujeto, sino una relación social. Específicamente, Nicos Poulantzas señala que “al igual que el capital, el Estado es (...) una relación de fuerzas, o más concretamente la condensación material de esta relación entre las clases y fracciones de clase, tal y como esto se expresa dentro del Estado de una forma necesariamente específica.” (Poulantzas, 1978, p. 128-129). Jessop, de manera similar a Michael Mann (2006), cambia la ecuación de Poulantzas para eliminar el énfasis en el carácter de clase como la única característica relevante del Estado moderno, pero mantiene la idea de que el Estado es una relación social, o más bien, un tipo de relación dentro de un conjunto más grande de relaciones sociales. Tras señalar que el Estado tiene un tipo específico de orientación política socialmente aceptada, centrada en definir y aplicar decisiones colectivas vinculantes para los miembros de una sociedad, Jessop indica que “...podemos decir que el Estado es una relación social entre las fuerzas políticas mediada por las instituciones o, mejor, por la materialidad institucional del Estado, que está incrustada a su vez en un conjunto más amplio de relaciones sociales.” (Jessop, 2017). En este sentido, sostiene que el poder que ejerce el Estado enmascara un campo de relaciones sociales que se extienden más allá del sistema estatal y de sus capacidades (Jessop, 2016, p. 101).

Esto nos lleva al trabajo de Antonio Gramsci y su noción del Estado integral, noción que fundamentalmente examina las bases sociales del Estado y la manera en que el poder estatal se conforma por y mediante sus vínculos con el sistema económico, el sistema legal y la sociedad civil. Como parte de su crítica a la separación simplista que hace el estatismo entre el Estado y la sociedad, algunos conceptos de Gramsci le resultan claves para explicar cómo se ejerce realmente el poder estatal, pues para Jessop,

En este sentido, las cristalizaciones alternativas del Estado dependen de la acción, la reacción y la interacción de fuerzas sociales específicas situadas dentro y fuera del Estado (ibid, p.102). Jessop introduce conceptos gramscianos que permiten realizar análisis estratégico-relacionales de la política, tales como la hegemonía, la guerra de maniobras y la guerra de posiciones, los bloques de poder y el bloque histórico, además de la noción de intelectuales orgánicos. Respecto a la hegemonía, para Jessop, esto represen-

...no es el Estado como tal el que ejerce el poder. En vez de esto, sus poderes se activan mediante el cambio, en coyunturas específicas, de grupos de políticos y funcionarios ubicados en partes específicas del Estado. Aunque estos “insiders” son actores clave en el ejercicio de los poderes del Estado, siempre actúan en proporción a un amplio equilibrio de fuerzas dentro y fuera de un Estado determinado. (2016, p.101).

ta la organización, movilización y reproducción de distintas fuerzas sociales y de su “consentimiento activo” bajo el liderazgo político, intelectual y moral de una facción particular. Las luchas por la hegemonía revuelven alrededor del problema abstracto de los conflictos de interés entre lo público y lo privado, y están orientados a una voluntad colectiva o a un consenso nacional popular. Normalmente, la hegemonía también implica el “sacrificio” de algunos intereses de corto plazo de la facción dominante y el flujo de algunas concesiones materiales hacia otras fuerzas sociales que se encuentran movilizadas en defensa del proyecto hegemónico (ver Jessop, 2016, p.161 y Jessop 1990, p. 161-162).

El concepto de bloque de poder comprende una alianza duradera entre las fuerzas sociales dominantes que estructuran la política del poder y definen el arte de lo posible en el escenario político (2016, p.121). Puede estar representado por más de un partido con vocación de gobierno y por otras fuerzas sociales. La noción de bloque histórico, en cambio, hace referencia a una situación estructural sostenida “...por un conjunto de instituciones, aparatos o dispositivos, que operan de un modo estructural y estratégicamente selectivo para privilegiar determinadas fuerzas sobre otras sin que esto las haga invulnerables al desafío o la transformación.” (Jessop, 2017). Para Jessop, los intelectuales orgánicos son aquellos que tienen un vínculo con las facciones dominantes o subalternas, desempeñan distintas funciones y participan activamente en la producción de las formas de Estado. Estos “...pueden estar involucrados en la producción y reproducción de hegemonía, subhegemonías o contrahegemonías” (Jessop, 2016, p.121). En este sentido, los intelectuales orgánicos actúan como soporte y pueden proporcionar una orientación a determinados proyectos políticos. Jessop desarrolla estos conceptos y los explica en términos de su determinación dual por la estructura y la agencia (Jessop, 2008a, p.34). Por otro lado, introduce conceptos para analizar la pugna abierta entre las fuerzas sociales. En primer lugar, la guerra de posiciones⁷, que es entendida como la colonización, en el largo plazo, de centros de poder y de influencias mediáticas, o la batalla ideológica y política. En segundo lugar, la guerra de maniobras se trata de una serie de movilizaciones de relámpago, o el desplazamiento rápido de cuadros existentes. Es decir, se podría entender que la guerra de maniobras se da sobre un terreno estructural dado y consiste en poner a prueba la correlación de fuerzas existentes, mientras que la guerra de posiciones es el esfuerzo de transformar el propio terreno estructural para consolidar una posición de fuerza (Jessop, 1982, p.253).

En su conjunto, las diversas fuentes analizadas permiten que Jessop critique la separación simplista del Estado frente a otros órdenes sociales. Ciertamente, autores y autoras como Nancy Fraser, Joel Migdal o Michael Mann también han realizado críticas similares. Sin embargo, la explicación de Jessop entra en un mayor detalle para aclarar este punto de vista teórico. Como marxista, Jessop ha explorado la relevancia que tiene la separación-en-la-unidad del Estado frente a otros órdenes sociales para explicar

⁷ Estos conceptos pueden ser aplicados al terreno internacional. Por ejemplo, Jessop señala que China está inmersa en una guerra de posicionamiento geopolítico y geoeconómico de largo alcance, tanto a nivel regional como mundial y, a través de la colaboración con Rusia, consolida su fuerza emergente en la región euroasiática (2016, p.320).

la dominación de clase y los intentos de resistir o derrocar dicha dominación. Según él, se deben rechazar los intentos de distinguir nítidamente entre el poder del Estado y el poder de clase, y, en cambio, se debe estudiar su relación y posibles alineamientos (Jessop, 2016, p.150).

El Estado de tipo capitalista y el Estado de las sociedades capitalistas

Tras haber hecho este recorrido teórico, me centraré en las dos estrategias de investigación que propone Jessop para analizar los vínculos entre el Estado y la acumulación de capital. Según Jessop, el marxismo puede entenderse como la ciencia de los modos de producción, de su dinámica, sus condiciones de existencia y sus efectos sobre otros tipos de relaciones sociales (Jessop, 1990, p.331). Un modo de producción es, a su vez, una combinación específica de fuerzas y relaciones de producción que sustentan un modo particular de apropiación de plusvalor (ibid, p.81). En palabras de otro autor de raigambre marxista, los modos de producción no solo producen valores de uso, sino que continuamente reproducen relaciones de clase en donde "... la clase dominante se sostiene mediante el control de un proceso por medio del cual se les exige a las clases subordinadas que dediquen una porción de su tiempo de trabajo a la producción de cosas que necesita la clase dominante. La división social del trabajo en una sociedad de clases debe, por lo tanto, estar estructurada alrededor de la extracción de trabajo excedente." (Shaikh, 1990, p.29).

Para Jessop "Lo que más distingue al capitalismo de otras formas de producir bienes y servicios para la venta es la generalización de la forma mercancía a la fuerza de trabajo" (Jessop, 2008b, p.15). La fuerza de trabajo, sin embargo, no es realmente una mercancía, sino más bien, una mercancía ficticia⁹ (ibid., p.16). La relación capital-trabajo es una en la que "los trabajadores intercambian su capacidad de trabajo por un salario y aceptan el derecho del capitalista a (tratar de) controlar su fuerza de trabajo en el proceso de producción y a apropiarse de los beneficios (o absorber las pérdidas) derivadas de su esfuerzo por producir bienes o servicios para la venta." (ibid., p.15). Dado que Jessop considera que la acumulación orientada a la obtención de beneficio y mediada por el mercado es el principio dominante de organización social actual a escala mundial, ello le permite justificar el énfasis que otorga a las características capitalistas del Estado moderno, "sin que ello implique que este sea el único punto de partida provechoso." (Jessop, 2016, p.39).

Como señalé previamente, Jessop proporciona dos tipos de análisis para explorar los vínculos entre el Estado y la acumulación de capital. La diferencia entre ambos está mediada por dos de las seis principales estrategias

que propone Jessop para el análisis del Estado⁹. En primer lugar, el Estado de tipo capitalista se centra en el análisis de las formas – la constitución formal del Estado – e implica "...la construcción de una abstracción racional de un tipo ideal de Estado formalmente adecuado para la reproducción de la acumulación de capital y la dominación de clase." (ibid., 2016, p.176). Jessop repasa aspectos económicos, políticos e ideológicos que permiten que el Estado de tipo capitalista asegure un privilegio inherente y estructural a los intereses capitalistas.

En el capitalismo, se prohíbe la coerción directa en el proceso de trabajo y en la competencia entre capitales, pero el Estado protege la propiedad privada y la inviolabilidad de contratos. El Estado también crea mano de obra libre al poner fin a "privilegios feudales, promoviendo el cercamiento de los bienes comunes, penalizando a los vagabundos" (ibid, 2016, p.153). Además, garantiza las condiciones para la reproducción del trabajo asalariado mediante leyes de fábrica, al responder a problemáticas de vivienda y emprendiendo actividades económicas socialmente necesarias pero que no son rentables. Como Estado fiscal, obtiene sus ingresos principalmente por el monopolio sobre los impuestos (en vez de la gestión rentable de propiedad controlada por el Estado). Asimismo, adapta las finanzas públicas (ingresos y gastos) a los imperativos económicos, demandas de acumulación y crecimiento, como también a la legitimidad política, lo cual limita su margen de maniobra, pues está sujeto a amenazas de ataque del capital productivo, de los titulares de bonos del Estado, de los acreedores y de las agencias de calificación crediticias, entre otros, y al mismo tiempo, "...las exenciones fiscales, las subvenciones y demás podrían hacer peligrar la base tributaria directa y la legitimidad del Estado a ojos de los contribuyentes" (ibid, p.154-155). En este sentido, las concesiones a las clases subordinadas, necesarias para mantener la cohesión social, generalmente se ven limitadas por la rentabilidad del capital. Por otro lado, en cuanto a las crisis económicas, Jessop señala que los Estados solo pueden atender aspectos superficiales de estas y que "la dependencia del Estado de la acumulación privada continuada puede incluso reforzar el poder del capital" (ibid., p.155) tras un periodo de crisis.

En cuanto a los aspectos políticos, Jessop vuelve a remarcar que la separación entre los órdenes económicos y políticos excluye un isomorfismo inmediato e implica que la clase capitalista no tiene un monopolio legal ni exclusivo del poder político. La clase capitalista compite, en condiciones de igualdad formal, con las clases subordinadas por el poder político. Finalmente, con respecto a las funciones ideológicas, Jessop recurre al concepto de hegemonía y señala que el aparato estatal no es solamente un aparato coercitivo, sino que está vinculado con una mezcla de "...coerción, fraude-corrupción, revolución pasiva y consentimiento activo." (ibid., p.161).

Debido a que Jessop argumenta que pocos Estados existentes se asemejan nítidamente al Estado de tipo capitalista – Jessop indica que ni siquiera todos los 34 países miembros de la OCDE cumplen con las caracte-

⁹ Estas son: (1) la constitución histórica (2) la constitución formal (3) el análisis institucional (4) el análisis institucional centrado en el agente (5) el análisis figuracional y (6) la semántica del Estado o el discurso político (Jessop, 2016, p.37-49).

rísticas fundamentales¹⁰- sugiere que es necesario adoptar otra perspectiva de análisis ligada, más bien, a la constitución histórica del Estado y al equilibrio cambiante de fuerzas. A esta perspectiva denomina el análisis de los Estados de las sociedades capitalistas.

El Estado es capitalista en la medida en que crea, mantiene o restaura las condiciones requeridas para la acumulación de capital en una situación, y no lo es en la medida en que esto no se realice (Jessop, 1990, p.117). En este sentido, "...aun cuando la acumulación está profundamente empotrada en su matriz institucional, los gestores estatales (los políticos y los funcionarios) de los Estados modernos contemplan por lo general otros imperativos funcionales y otras presiones de la sociedad civil en su intento de asegurar la integración institucional del Estado y la cohesión social en sus respectivos territorios." (Jessop, 2016, p.86). La autonomía operativa del Estado quiere decir pues, que el Estado puede apoyar o ir en contra de la lógica del capital. Esto se puede observar en la movilización fallida del aparato estatal para superar el modo de producción capitalista en Cuba o en la ex Unión Soviética, en la prohibición que realizan determinados Estados de la actividad capitalista en ciertos rubros como la salud y la educación, o en zonas demarcadas como "reservas naturales".

El análisis de los Estados de las sociedades capitalistas pone el énfasis precisamente en "...la pugna abierta entre fuerzas políticas que tratan de moldear el proceso político de manera que este privilegie la acumulación por encima de otros principios de societalización" (ibid, p.171) y examina cómo se consigue (o no) ello mediante la interacción de fuerzas de clase con las actividades de sectores, departamentos y mediante estrategias específicas en determinadas coyunturas. Es interesante notar que Jessop tiene otra manera de diferenciar ambas estrategias de análisis, ya sea entendiendo la acumulación de capital como (1) principio de explicación capaz de analizar cómo la forma y el curso de la acumulación de capital y la movilización de fuerzas de clase condicionan la forma del aparato estatal [el análisis del Estado de tipo capitalista] o (2) punto de referencia para calcular cómo el ejercicio de los poderes estatales potencia los intereses ideales o materiales del capital por sobre otras clases y fuerzas sociales [el análisis del Estado de las sociedades capitalistas]. Finalmente, Jessop declara que ambos tipos de análisis son útiles para lograr propósitos diferentes y ambos son consistentes con la idea de que el Estado es una relación social (ibíd., p.172).

¹⁰ Como ya se mencionó, estas características implicarían la mayor "adecuación formal" posible de una organización estatal a la forma de organización económica capitalista. Jessop incluye una lista larga de estas características en, 2016, pgs.164-165.



En lugar de tratar al capitalismo como un asunto secundario en el análisis del Estado, este debe ser un asunto problematizado aunque no sea el único punto de partida relevante. Jessop proporciona herramientas teóricas útiles para dar cuenta de que la separación entre el Estado y la economía, aun cuando es real, suele ser ilusoriamente fetichizada porque se trata, más bien, de una separación-en-la-unidad. Así como no se puede decir que el poder estatal sea inherentemente capitalista (como bien señalan los estatistas), tampoco es posible separar nítidamente el poder del Estado del poder de clase, circunscribiendo a este último solo al ámbito de la sociedad civil. La corriente estatista muchas veces cae imperceptiblemente en esta trampa, al cosificar la demarcación entre lo público y lo privado y al obviar las redes de poder que cruzan y unifican el sistema estatal con fuerzas que se extienden mucho más allá de este.

Uno de los investigadores que ha estudiado el vínculo entre el poder de clase y el poder estatal en el Perú es Francisco Durand. Según Durand, tras las elecciones de 1990 se gestaron condiciones favorables para que la clase capitalista reordene la economía y el Estado, reconcentrando la propiedad y atacando a los trabajadores y segmentos de la sociedad civil. Desde entonces, dos facciones del capital peruano – una financiera-urbana y otra extractiva – han impulsado un proyecto neoliberal de la mano de capitales y potencias extranjeras, y organismos internacionales; agrupándose en gremios como la CONFIEP, formando una "hermandad corporativa" con los principales dos medios de comunicación del país, y portando la potente ideología del emprendurismo (2018, p.18). Asimismo, Durand indica que diferentes mecanismos de "captura del Estado" (financiamiento de campañas, sobornos, puertas giratorias, y lobbies) han asegurado la continuidad de la conducción neoliberal

en el Estado (Durand, 2019).

A pesar de que el término “captura del Estado” usado por Durand alude a una noción fundamentalmente instrumental del Estado (Lynch, 2020), sus investigaciones tienen un enfoque claramente relacional. Durand presenta algunas contra tendencias que impiden que el capital peruano se relacione “orgánicamente” con la mayoría de la población: es intensivo en capital – por lo tanto genera poco empleo formal–, las actividades extractivas causan daño ambiental y conmoción social, y tiene prácticas antisindicales (2018, p.18–19). Por otro lado, destaca la importancia del Estado, el poder ejecutivo y los políticos “capturados” para asegurar la conducción neoliberal del Estado. Ciertamente su análisis podría ser complementado con otras investigaciones que le presten atención a la racionalidad o ideología de la tecnocracia, así como a los diseños y candados institucionales (ver Encinas y Vergara, 2016). Con el fin de evidenciar cómo interactúa (o no) y se complementan el ejercicio del poder estatal con las fuerzas de clase – en este caso, la facción financiera y extractiva del empresario con el Estado peruano – conceptos como “bloque de poder”, “hegemonía” o “intelectuales orgánicos” podrían ser útiles para el análisis.

Finalmente, si nos trasladamos al campo de la economía política, donde se privilegia el análisis de la acumulación y reproducción del capital por sobre el análisis de la movilización política de clase, veremos que, por más que las fuerzas del mercado a escala global se encuentran al margen de la dominación directa de los Estados, las políticas económicas de un Estado pueden moldear el tipo de desarrollo capitalista de un territorio. Esto se puede ver en los debates en torno a la “austeridad” o el “estímulo” y el crecimiento económico, la discusión sobre la política monetaria, fiscal, laboral y tributaria en torno al empleo y la informalidad, la función que cumplen el crédito y la deuda pública, las causas de la inflación, la distribución de ingresos (al interior o entre clases) pre y pos impuestos, así como las estrategias de reactivación económica emprendidas por el Estado.

Bibliografía:

1. Dargent, E. (2010). El Perú en la política comparada: temas de estudio. En La Iniciación en la Política. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
2. Durand, F. (2019). La captura del Estado en América Latina. Reflexiones teóricas. Lima, Perú: OXFAM.
3. Durand, F. (2018). Breves notas sobre la estructura del poder económico del Perú del siglo XXI. En Estructura de poder en el Perú: Grupos empresariales, competencia electoral y luchas populares, Lima: Movimiento Socialista Emancipación.
4. Encinas, D. y Vergara, A. (2016): Continuity by Surprise: Explaining Institutional Stability in Contemporary Peru. Latin American Research Review. 51. 159-180
5. Gramsci, A. (1971) Selections from the Prison Notebooks, London: Lawrence and Wishart
6. Jessop, B. (2020). State. En The Marx Revival. Cambridge: Cambridge University Press.
7. Jessop, B. (2017). La renovación del pensamiento de Gramsci: entrevista con Bob Jessop. Público. Recuperado de publico.es/opinion/renovacion-pensamiento-gramsci-entrevista-bob.html
8. Jessop, B. (2016). El Estado. Pasado, Presente y Futuro. Madrid: Catarata.
9. Jessop, B. (2008a). State Power: A Strategic-Relational Approach. Polity: Cambridge
10. Jessop, B. (2008b). El futuro del Estado capitalista. Madrid: Catarata.
11. Jessop, B. (1990). State Theory: Putting the Capitalist State in Its Place. Cambridge: Polity
12. Jessop, B (1982). The Capitalist State. Oxford: Martin Robertson
13. Lynch, N. (2020). La captura del Estado de Francisco Durand. Otra Mirada Recuperado de <http://www.otramirada.pe/la-captura-del-estado-de-francisco-durand>
14. Mann, M. (2006). El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados. Revista Académica de Relaciones Internacionales, 5
15. Shaikh, A. (1990). Valor, acumulación y crisis. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
16. Skocpol, T. (1979). States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China. Cambridge: Cambridge University Press.
17. Tanaka, Martín (2010). "Introducción: El Estado, viejo desconocido". En El Estado, viejo desconocido: visiones del Estado en el Perú. Lima: IEP

No es por lo de
ahora / es por
lo de toda la
vida

Azules Tavera Medina

Libra perdide que intenta encontrar su camino mediante el arte plástico, disfruta mucho de contar historias y concentrar procesos (colectivos y propios). En el 2020 saque el fanzine NINGUNA INDESEABLE, en memoria de Fransua y tantxs otros hermanes asesinados durante el conflicto armado interno.



¡Sí! Jóvenes con ideología y carácter político. Sin bicentenarios que celebrar y con anhelos de refundar

Jhonatan Kendy López Carlos

Los retos se asumen sin certezas pero con esperanza. Testarudo y empeinado en reflexionar sobre la sociedad en la que vivo, aficionado de los estudios culturales y seguidor de la política nacional. Ponerse de lado y ser indiferente (para mí) no es una opción, proponer y resistir, sí.

Los que defienden el eslogan "Generación del Bicentenario" argumentan, en primer lugar, que quienes la conforman son un abanico de jóvenes y adolescentes: un conjunto de identidades que incluye a universitarios, barras de fútbol, hip-hopers, skaters, grupos feministas, trabajadores, entre otros. Luego, que se caracterizan principalmente porque articulan el malestar social y político de manera espontánea, colectiva, sin liderazgos definidos y sin ideología, inclusive, sin carácter, ni tendencia política. Aparentemente, la presencia de estos últimos -política e ideología- dentro de ese grupo es innecesaria y, hasta, existiría un fuerte rechazo hacia ellos. ¿Qué tan cierto será esto?

Aquel 14 de noviembre del 2020, la presencia de manifestantes en los epicentros de concentración fue masiva. Diversas personas asistieron a una convocatoria ciudadana con el objetivo de defender una democracia precaria, casi agonizante, hipotecada al poder económico y mediático. En la plaza San Martín, deambulaban diversas miradas, rostros cubiertos con tapabocas, frentes sudorosas, ceños fruncidos, cabellos alborotados, caminantes esquivos y varios cuerpos cansados. Las generaciones, en el sentido estricto de la palabra, eran múltiples. Se veía mujeres y varones de diversas edades. Eran múltiples generaciones unidas con un mismo propósito, aunque no necesariamente con características similares, pero sí en un mismo espacio-tiempo. ¿Por qué caracterizarlos como generación y no como generaciones?, ¿por qué "del bicentenario"?

Debo reconocer que el movimiento social estaba encabezado por jóvenes. Sin embargo, estos no pueden ser homogeneizados caracterizándolos de una o tal manera. En primer lugar, se apela a la diversidad al reconocer que existen distintos colectivos juveniles, pero se desconoce la pluralidad al caracterizarlos como apolíticos y sin ideología de manera universalizante. Además, desde una perspectiva personal, no es acertado llamarlos "generación" en lugar de "generaciones", en plural. Aunque sea una observación a priori, superficial, no hay que olvidar que el detalle hace la diferencia. Convertirlos en singular excluye a otros que también tuvieron un rol importante. Convertir a estos últimos en "los otros", a esas diversas generaciones, excluye a cientos que deben ser parte de un "nosotros". Dentro de ese "nosotros", había muchas personas que tenían y, seguramente, tienen múltiples edades, identidades, culturas, intereses y demandas. Tengo la imagen mental de personas adultas apoyando, auxiliando y velando por el bienestar de muchos jóvenes. Ellos merecen ser incluidos en aquel grupo catalogado como singular.

Ciertamente, las particularidades de las movilizaciones de noviembre del 2020 fueron notorias. Estaban acordes al nuevo contexto. La convocatoria se masificó en cuestión de horas por las redes sociales. En Facebook, circulaban "memes" creados con tanta imaginación que transmitían un sentimiento bastante profundo. Se crearon diversos grupos en los cuales se viralizaron publicaciones que contenían consejos sobre los materiales necesarios para ir a la marcha, qué llevar y qué no. Otras daban instrucciones de cómo desactivar bombas lacrimógenas o qué hacer si se sufría una detención policial. Espontáneamente se logró organizar un cuerpo social con pautas e instrucciones para defender un ideal en común: la democracia.

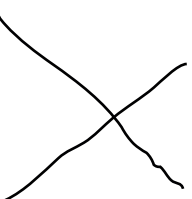
El repertorio de diversidad aumentó con colectivos LGBTIQ+, feministas, ciclistas, equipos de fútbol, bomberos del Perú, colectivos universitarios, sociedad civil, entre otros. Una multiplicidad de identidades, con diferencias

culturales, con variadas demandas, con disparidades económicas pero unidos bajo un objetivo en común. Entre tanta variedad es clara la dificultad de seguir un orden jerárquico o una estructura de “mando-dirección”. Considero aquí una de las ideas de Pierre Clastres, aquel antropólogo que nos dijo que existen sociedades contra el Estado. Aquellas que distribuyen el poder de manera no centralizada y que no la depositan en una sola institución. Siguiendo la idea de Clastres, considero que las movilizaciones de noviembre del 2020 fueron una lección de una forma alternativa de distribuir el poder. No hubo liderazgos únicos y la estructura de dirección-mando- poder fue horizontal.

Por otro lado, no se puede negar la ausencia de partidos políticos en las movilizaciones, eso notorio. El siglo pasado, los partidos políticos eran canales por excelencia del descontento popular. En esto fue dejado de lado progresivamente, tocando punto de quiebre en el decenio del fujimorismo. Sin embargo, las causas del descrédito de los partidos son muchas. Uno de ellos es el golpe mediático de la prensa, de tal manera que la presencia de estos en las movilizaciones de noviembre hubiese denotado oportunismo. No defendiendo a los partidos, pero algunos merecían ser partícipes. Coincido en que muchos de ellos han perdido legitimidad para constituirse en plataformas de representación de demandas. Sin embargo, ponerlos de costado no soluciona el problema, lo empora. El camino es demandar una reforma política, que incluya y no excluya, que amplíe la oferta y no la monopolice.

Poniendo el énfasis en la génesis del eslogan “Generación del Bicentenario” esta fue acuñada por una profesional de las Ciencias Sociales. Noelia Châvez, socióloga de profesión, remarco que el termino no debe perder su sentido político. Pese a ello, diversos medios de comunicación hegemónicos se han tomado el trabajo de tergiversar el mensaje y decir, hasta el cansancio, que esta generación está conformada por jóvenes apolíticos y desideologizados. Realizan una comparación con movilizaciones contra la llamada “Ley pulpín”, contra el “Baguazo” o, incluso, llegan a compararnos con las movilizaciones de Chile que, por añadidura, terminaron en la convocatoria a un proceso constituyente. Sí. Chile se enrumba a un proceso constituyente que abraza un ideal de diversidad, incluyendo cuotas para minorías étnicas y mujeres. Este es un claro ejemplo de que la movilización sin la bisagra política no produce cambios. Ósea, pese a que las distintas movilizaciones nazcan de la iniciativa social y no desde partidos políticos, estas no pueden prescindir de la política, de los partidos y de los canales formales, institucionales y jurídicos para lograr los objetivos anhelados. ¿Por qué empecinarse en esa supuesta característica basada en el sentido apolítico de los jóvenes?

Recordando mi presencia en la movilización del 14 de noviembre, no olvido las pancartas frases como: “Ni de izquierda, ni de derecha, simplemente peruano”, “Contra el sistema económico neoliberal”, “Por una democracia para las mujeres”, entre otros. Apelando al primer apotegma, los “opinólogos”, argumentaban el rechazo a las ideologías. Remarcaban que “la



14 N

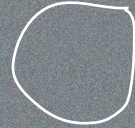
generación del bicentenario” no se identificaba con tendencias políticas de izquierda o derecha; por tanto, las ideologías no jugaban un papel importante en este movimiento social, espontáneo, como si los manifestantes estuvieran libres de ortodoxias políticas, libres de ideología. Cabe preguntarse, ¿qué es lo que entienden por ideología estos señores?

Como testigo presencial y a través de la observación participante, puedo dar fe de que ideología había de sobra en cada integrante del movimiento social y tendencias políticas también. Todos tenemos ideología, el problema es que no nos ponemos a reflexionar sobre ello o no está del todo articulado. Todos tenemos una noción de cómo deberían ser las cosas y algunas ideas de cómo mejorar la realidad. Esta concepción, es el punto de partida de cualquier opinión y práctica social que tengamos. Por otro lado, desde la filosofía, la ideología es el articulado de ideas, principios, valores que construyen una visión de la realidad y que, de acuerdo a ello, se actúa. ¿Tan poco pensantes nos consideran para decir que no tenemos ideología?

Está claro, que el significado que le han dado las élites peruanas a ambas categorías, -ideología y política- es manipulado para ser funcional a sus intereses y que, dicho sea de paso, se masificado a través de medios de (des)comunicación. Despolitizar y satanizar las ideologías es una práctica común en un país donde el poder económico, las élites monetarias y los sectores conservadores -quienes se han valido del descrédito de la política, de lo público y de lo estatal para mantener un sistema económico excluyente- han perpetuado sus privilegios. ¿Por qué tanto miedo a aceptar que en la mayoría de jóvenes que hemos marchado para defender nuestro país existía ideología? ¿Por qué no aceptar que la marcha fue de carácter político y no solo un movimiento social de rechazo?

En cuando al uso de la palabra “bicentenario” también hay cuestiones por analizar. Se hace referencia al bicentenario como un aniversario u onomástico. Claro, la historia pseudo-oficial ha impregnado la idea de que nos independizamos aquel 28 de julio de 1821, de mano del argentino José de San Martín. Es más fácil entregarle el crédito a un personaje externo, lo cual es un síntoma del poco valor que le damos al esfuerzo nacional en diferentes procesos emancipadores: ¿dónde quedan las luchas de Túpac Amaru, por ejemplo?

Por ello, supuestamente, el bicentenario es una fecha de celebración: “Somos libres, seámoslo siempre”. ¡NO! En esa nación imaginaria, no todos somos libres. No son libres aquellos que tienen que levantarse a las cuatro de la madrugada, buscar un espacio en la avenida y vender algún producto para poder sobrevivir. No es libre aquella niña o adolescente, que es obligada a ser madre a los quince años. Tampoco es libre aquella persona de la comunidad LGBTIQ+ que es obligada a estar en silencio para no ser excluida y discriminada por la sociedad. No es libre aquel afrodescendiente vapuleado, racializado y menospreciado por sus características fenotípicas, como el color de su piel. Menos aún fueron libres aquellos que ejerciendo el derecho a la protesta fueron asesinados. No son libres aquellos campesinos-agricultores que reclaman condiciones laborales y sueldos dignos. No son libres aquellos pueblos indígenas andinos y



amazónicos que exigen que el Estado no los abandone, que no los deje morir.

No son libres aquellos niños que tuvieron que dejar los estudios, porque en su impuesta y limitada libertad no contaban con equipos que le permitían continuar sus clases virtuales. ¿Fueron libres aquellos miles de compatriotas que no pudieron acceder a oxígeno medicinal para salvar sus vidas? Si tan libres de decidir son las personas y, dicho sea de paso, en un sistema económico de "libre mercado" que los "beneficia", ¿por qué murieron?, si en el "ejercicio de su libertad", algunos se vieron en "la posibilidad" de comprar un balón de oxígeno privatizado que costaba más de dos mil soles. El problema es que la "libertad" que se pregonaba tiene un error de raíz: es para un sector de la sociedad, no para todos.

La bomba de tiempo parece haber explotado. Síntomas como los mega-escándalos de corrupción, la concurrencia de cinco presidentes (PPK, Araoz, Vizcarra, Merino y Sagasti, uno más usurpador y autoritario que otro) en un periodo de gobierno, las vacancias exprés, la imparcialidad en la justicia, la muerte de miles de personas por falta de un Estado participativo y fuerte, además de la vacunación "VIP" para funcionarios de alto rango (mal llamados servidores públicos), han develado la ineficiencia constitucional. Los síntomas manifiestan una etapa terminal de una enfermedad de herencia colonial: la corrupción.

Ya no son suficientes las viejas recetas; es necesario cambiar de médico y de prescripción. Es un momento constituyente, una fecha de caducidad, una etapa de refundación. Les corresponde a la clase política y a todas las generaciones poner el hombro para que esto sea posible. No son suficientes las movilizaciones sociales; es necesario dar una estocada a través de una elección política, botando a quienes quieren que todo siga igual y votando por quienes representan el cambio. Si el llamar "bicentenario" a un periodo de la historia sirve para marcar un hito, que sea como una frontera y una fecha de caducidad. No pedimos reescribir la historia sobre tabula rasa, pues, es imposible. Pedimos ser partícipes de un encuentro plural de debate y diálogos que reafirmen un nuevo pacto social. Es lo que piden las generaciones por la democracia. **Es hora de refundar.**

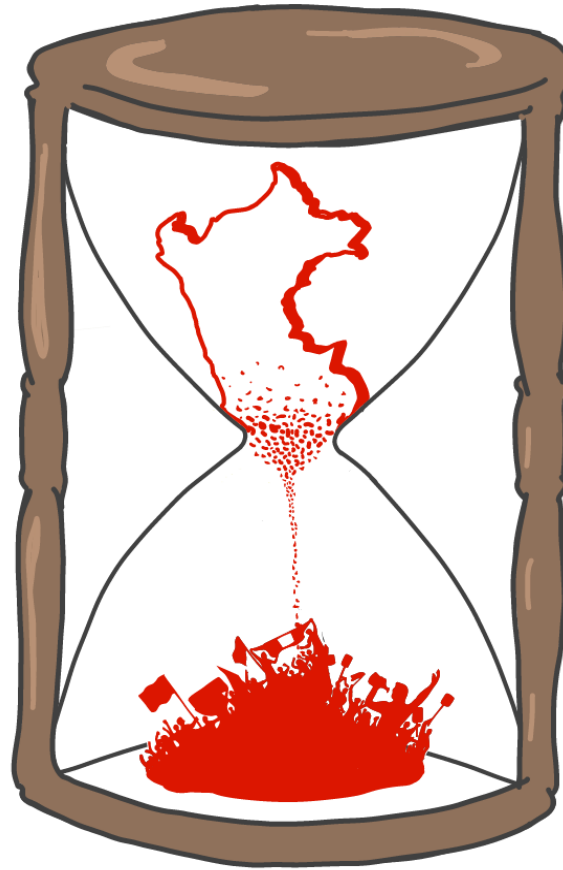
El país es un archivo de afectos a destiempo

Romel Sergio Contreras Valenzuela

Politólogo por la PUCP e ilustrador por los malos tiempos y un celular. Mis intereses académicos van por la captura del Estado y la política subnacional, pero los estéticos se instalan por los desafectos de las personas y el Estado, como esa canción que dice "si no te cuida el Estado, te cuido yo que te amo".

El tiempo está hecho de memoria. Y en este país no existe una melodía entre Estado y ciudadanía, sino una danza hostil. Nos acostumbramos a pensar al Estado como algo que nos piensa a nosotrxs y no nosotrxs a él: un fetichismo estatal. Como si, por fuerza de costumbre, sea concebida como una segunda piel, olvidando que la función crea al órgano y no al revés. De ahí que, como autorregulación, surja la protesta como acción colectiva y que esta no sea un "afuera" de la democracia, sino parte fundamental. Entonces, surge una oportunidad. Como indicaba ya Mariátegui, al mismo tiempo que se acusa una crisis, se anuncia una reconstrucción. Una en la que las nuevas ciudadanía se encarguen de poner el tempo que el resto de generaciones ya se olvidó.

CONOCEMOS MUY BIEN LA FRUSTRACIÓN,



ES CIERTO, PERO TAMBIÉN
EL CORAJE Y LA PROTESTA

Tomando en cuenta la situación política del año 2020 y la coyuntura electoral del 2021, ha sido tarea del primer boletín de Anthropía ser un espacio en el que múltiples modos de memoria puedan encontrar una expresión en la palabra y en la imagen. Este espacio ha sido de reflexión, debate, denuncia, voz genuina y toma de posición de nuestros autores y autoras. Gracias a una convocatoria especial abierta realizada a finales de enero del 2021, el boletín Por las luchas que continúan: la (de)generación del Bicentenario protesta recibió una serie de trabajos por parte de la comunidad estudiantil de las Ciencias Sociales y disciplinas afines. Es por ello que en este boletín se puede leer y apreciar este doble aspecto de la expresión volcado en una serie de notas, fotorreportajes, ilustraciones y collages que hemos de comentar brevemente a continuación con la finalidad de resaltar su aporte crítico.

Entre los primeros trabajos, podemos encontrar al collage Bicentenario 470, en el que Alexandra Reyes refiere al conocido "Vacunagate". A finales del 2020 y en plena segunda ola de la COVID-19, al menos 487 personas en Perú —entre los que podemos destacar al expresidente Martín Vizcarra, la exministra de Salud Pilar Mazzeti, la exministra de Relaciones Exteriores Elizabeth Astete, funcionarios públicos, rectores de universidades, ministros y otros políticos peruanos, así como sus familiares—, tuvieron un acceso privilegiado y secreto a la vacuna china Sinopharm¹. En ese mismo momento se registraban casi 905 mil casos confirmados y 34 mil fallecidos por la COVID-19 en el Perú². Uno de los puntos más

interesantes del collage de Reyes es que evidencia el privilegio de ciertas personalidades involucradas. Por poner algunos lamentables ejemplos, la canciller Astete excusó sus acciones al afirmar que simplemente no podía "darse el lujo de caer enferma"³; del mismo modo que el rector Orestes Cachay se vacunara en plena conmemoración por los 470 años de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos⁴. Este último hecho resulta curioso ya que juega bastante bien con el título del collage, lo cual podría llevar a otras interpretaciones de este mismo. La selección de textos, mensajes y colores, y la misma distribución gráfica del collage dan cuenta de este punto desde la perspectiva crítica de la autora.

Tenemos luego dos crónicas escritas por Ernesto Muñante y Valeria Soldevilla, quienes fueron parte de las diversas protestas ciudadanas realizadas en noviembre del 2020 tras la designación ilegítima de Manuel Merino de Lama. Entre las páginas de ambos textos, no solo encontramos las valiosas e importantes perspectivas, vivencias e historias narradas en primera persona de quienes marcharon y resistieron esos días en nuestro país; sino que también podemos encontrar interesantes reflexiones —y metareflexiones— al respecto. Por resaltar algunas de ellas, podemos mencionar que el escrito de Soldevilla medita sobre la manera en que los medios de comunicación, entre otros actores, tuvieron como tendencia el banalizar y deshistorizar los distintos motivos de las manifestaciones al reducirlas a, simplemente, la caída del expresidente Merino de Lama. Asimismo, la autora concluye que,

¹ Hidalgo Bustamante, Martín. (17 de febrero de 2021). 'Vacunagate': Estas son las 487 personas que recibieron la vacuna Sinopharm. El Comercio. <https://elcomercio.pe/politica/gobierno/vacunagate-estas-son-las-487-personas-que-recibieron-la-vacuna-de-sinopharm-noticia/>

² Centro Nacional de Epidemiología, Prevención y Control de Enfermedades - MINSA. (2020). Situación Actual COVID19, Perú 2020 [Diapositiva PowerPoint]. <https://www.dge.gob.pe/portal/docs/tools/coronavirus/coronavirus311020.pdf>

³ 889 Noticias. (14 de febrero de 2021). "No podía darme el lujo de caer enferma" canciller de Perú reconoce que ya se vacunó y renuncia. 889 Noticias. <https://889noticias.mx/noticias/no-podia-darme-el-lujo-de-caer-enferma-canciller-de-peru-reconoce-que-ya-se-vacuno-y-renuncia/>

⁴ El Comercio. (s/f). Vacunagate: estudiantes de la Universidad San Marcos protestan y exigen la renuncia de rector Orestes Cachay. El Comercio. <https://elcomercio.pe/lima/sucesos/vacunagate-estudiantes-de-la-universidad-san-marcos-protestan-y-exigen-la-renuncia-de-rector-orestes-cachay-fotos-unsm-nndc-noticia/>

frente al patente fracaso de la Constitución neoliberal de 1993 instaurada en el gobierno del expresidente Alberto Fujimori, no es factible llamarnos generación del Bicentenario porque ni la desigualdad, ni la opresión y ni la exclusión histórico-social son motivos de celebración alguna. Por su parte, el escrito de Muñante profundiza en las acciones policiales de las protestas de noviembre a partir de la denominación terrorismo de Estado, cuyo núcleo y centro de debate (nos referimos al término “terrorismo”) es siempre polémico en nuestro país. El autor reflexiona también sobre el silencio dominante sobre este tipo de acciones lo cual tiene repercusiones directas sobre la manera en que vivimos nuestra propia ciudadanía. En esa línea, en su trabajo se evidencia también una crítica a la manera desigual en la cual se construye la memoria colectiva: la racialización de la geografía y, a modo de reflejo, la indignación diferenciada entre los asesinatos de manifestantes en todo el país frente a los ocurridos en la capital, Lima.

Catherine Juarez en Mentira, nada ha cambiado, realiza una fuerte crítica hacia la mal llamada, a juicio de la autora, generación del Bicentenario. De manera interesante, la autora logra plasmar y reunir en un mismo espacio distintas luchas y problemáticas que continúan hasta el momento: la falta de protección y constante amenaza que viven los líderes indígenas en la Amazonía, la represión policial, la transfobia, el racismo y desigualdad, entre otros. Uno de los más graves problemas es que, bajo el rótulo de generación del bicentenario, se homogenizan y, por ende, se invisibilizan las diferentes luchas que persisten hoy en día en nuestro país, al creer que la protesta de los días de noviembre es producto de una aislada insatisfacción ante el gobierno golpista de Manuel Merino de Lama. En el Bicentenario, se nos exhorta a celebrar los 200 años de la independencia del Perú cuando, el 28 de julio de 1821, se proclamó estratégicamente la independencia del Perú en Lima. El Perú por Lima, pero el Perú no es Lima. ¿Somos todos, en nuestra enorme pluralidad, entonces, realmente libres?

En este mismo espíritu, se encuentra la nota crítica de Jhonatan López, ¡Sí! Jóvenes con ideología y carácter político. Sin bicentenarios que celebrar y con anhelos de refundar. En este ameno escrito se denuncia la homogeneización presente en el eslogan generación del bicentenario: si en las marchas de protesta hubo distintas generaciones marchando, ¿por qué reducirlas todas a una? Si allí hubo jóvenes de diversas edades, identidades, culturas, intereses y demandas, ¿por qué excluir la gran mayoría de estos componentes y privilegiar solo uno? En las marchas, nos comenta el autor, estuvieron presentes colectivos LGTBIQ+, feministas, universitarios, equipos de fútbol, bomberos, entre otros, cuyas diferencias culturales, sociales y económicas no deben ser ignoradas y que, a raíz de su gran variedad, mostraron una manera distinta, a juicio del autor, de distribución del poder: sin centralización ni una estructura fija de dirección y mando. El autor denuncia la falta de realidad efectiva de la conocida frase Somos libres, seámoslo siempre, ya que, evidentemente, aún no lo somos. Por su parte, Azules Tavera, en No es por lo de ahora / es por lo de toda la vida, nos presenta una conmovedora y, al mismo tiempo, retadora ilustración que da cuenta de que los asesinatos de noviembre del 2020 no fueron aislados, sino que son parte de toda nuestra historia y del suelo en el que pisamos día tras día. A su vez, el personaje que elle ha construido, desde sus patentes características no binarias, dan cuenta de la diversidad de género presente también en las protestas. En esta ilustración también confluyen una serie de perspectivas y temas que no debemos pasar por alto al momento de (re)construir nuestra memoria colectiva: la apropiación popular del espacio público, la necesidad de abortar un sistema tan heteropatriarcal como el nuestro, y la necesidad de reconocimiento de la diversidad de identidades.

Asimismo, en este boletín se encuentra el fotorreportaje La revolución es fiesta de Renata Niño de Guzmán, quien captura el movimiento, entusiasmo y ardor presentes en quienes danzaban la lucha, con los distintos

cuerpos, voces y pensamientos. La autora transmite vivamente lo que, a su juicio, debe estar presente en la revolución. Es decir: si la revolución ha de ser para todos, será transversal, antirracista, anticolonial, feminista y trans. Las fotografías de la autora y su consiguiente reflexión muestran que en las diversas marchas de protesta de la ciudadanía no solo estuvieron presentes la violencia y represión policiales, sino también la fraternidad y solidaridad de los ciudadanos presentes allí, entre el dolor, el terror y el cansancio. A lo lejos, los gritos se hacen presentes, se abren paso entre balas, golpes y gases lacrimógenos, y una gran fiesta agríndase se vive. En el presente, las distintas voces luchan por construir memoria. Sumado a esto, en la interesante ilustración El país es un archivo de afectos a destiempo, Sergio Contreras nos muestra que el tiempo se construye sobre la base de la memoria. Es esta consciencia de la memoria la que, además, impulsa la acción colectiva de demanda y protesta. Son estas distintas protestas las que, en esa línea, rompen con la imagen de homogeneización y unificación ilusorias a las que tanto aluden los medios de comunicación y los distintos agentes estatales. Con esto, la ciudadanía plural se encarga de voltear el reloj de arena y construir un nuevo tiempo: más crítico y con mayor consciencia de su capacidad de agencia colectiva.

En El Estado y la acumulación de capital: una revisión de Bob Jessop, Fernando Quirós logra retomar y mostrar la necesidad de integrar el modo de producción capitalista en la discusión sobre la teoría del Estado. En dicho texto se realiza una interesante revisión crítica a los planteamientos principales del politólogo Jessop, especialmente a las objeciones que –de la mano del planteamiento gramsciano de hegemonía, las teorías de la autopoiesis, la concepción del Estado como relación social de Nicos Poulantzas, entre otros– realiza a la separación entre el Estado y la sociedad según se conceptúa en la corriente estatista. Asimismo, podrá encontrar también una aproximación a las dos estrategias de investigación propuestas por Jessop para analizar los vínculos entre

el Estado y la acumulación de capital. Esto es: el análisis del Estado de tipo capitalista y el análisis del Estado de las sociedades capitalistas. Podemos resaltar, entre los diversos alcances de este texto, el que la separación entre el Estado y la economía sea “ilusoriamente fetichizada”, es porque, más bien se trata de una “separación-en-la-unidad”. Para el autor, a diferencia de los estatistas, no puede decirse que el capitalismo sea inmanente al poder estatal, pero tampoco puede separarse el poder de clase del poder del Estado. Esto, entonces, nos da una posibilidad conceptual de comprender la situación y forma actual de muchos Estados, incluso el del Perú.

En estas pocas páginas hemos hecho un breve recuento de los críticos y sumamente valiosos trabajos que recopilamos en este primer boletín de *Anthropía*. Agradecemos a las, los y les autores participantes por regalarnos sus palabras, sus sentires y sus reflexiones que surgieron en un contexto tan complejo e intenso como lo fueron los últimos meses del 2020. Esperamos que tanto el contenido como el boletín en sí sean aportes para reflexionar sobre las movilizaciones sociales y la crisis multidimensional que estamos atravesando, con el objetivo de empezar a cuestionar –o seguir cuestionando– qué se está celebra el 28 de julio del 2021, qué independencia está en cuestión y qué personas o grupos están siendo tomados en cuenta para la construcción de la nación. En esa línea, también reflexionar respecto a qué consecuencias conlleva para los grupos que han sido y continúan siendo excluidos, y qué posturas siguen siendo silenciadas. En este marco, por las luchas que continúan, la (de)generación del Bicentenario debate, denuncia, se posiciona, y protesta.

Comisión Editorial de *Anthropía*,
Josefina Rodríguez Pletikosic, Silvana Duharte Barreda, Ana Sofía Higashi Suárez, Alexia Potesta Cortez, Dominique Barrueto Abanto, Edith Zavala Condori, Massiel Román Molero y Micaela Reynoso Gálvez.

Anthropía es una organización de estudiantes de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Perú que busca generar espacios de debate y diálogo académicos, así como incentivar a la reflexión y producción crítica del alumnado. Para ello, se publica anualmente una revista, se realizan eventos orientados a la discusión en Ciencias Sociales y Humanidades, y se difunde información y recursos antropológicos a través de medios virtuales.

El nombre de la revista es un neologismo que significa, en primera instancia, la idea de un conocimiento de lo desordenado. Derivada de la palabra «entropía», usada en termodinámica para explicar el desorden progresivo y, también, vinculada a las ciencias del caos; se le suma la raíz «tropos», que significa tanto lugar, como suelo. Al relacionar ambos conceptos, sostenemos que no existen sitios fijos o perennes, sino que el espacio cambia de acuerdo a la forma y la intención de nuestra mirada. El prefijo inicial, «anthro» (de anthropos: ser humano), nos ubica no solo dentro de la Antropología, sino en las disciplinas sociales y humanas en general. Así, pues, el área a conocer no se limita a lo que tradicionalmente se ha entendido como “objeto de estudio antropológico”, sino que es un intento de hacer una revista de “Antropología y otras cosas”. De esta manera, el nombre Anthropía busca mostrarnos los lugares del hombre como sitios a construir, como espacios cambiantes y desordenados en los que nos situamos, dando sentido al hacer humano, que es también un hacer del mundo.